

EL PRINCIPE OLVIDADO

La Persona de Spurgeon:

Introducción
La Persona de Spurgeon
El Olvidado Spurgeon
El Año 1856
Los Dones de Spurgeon
El Poder de Spurgeon

La Posición Doctrinal de Spurgeon:

Hipercalvinismo
La Gran Controversia
Imposibilidad de Transigencia
Oposición a los Errores de los Creyentes, No a sus Personas
El Arminianismo y la Unidad de la Palabra de Dios
El Arminianismo Oscurece la Gracia
El Arminianismo y la Verdad Acerca del Hombre
¿Podemos Evangelizar Sin Arminianismo?
El Arminianismo y La Degeneración de La Iglesia
La Restauración de la Verdad y el Avivamiento

Apéndices

I La Edición Kelvedon de los Sermones de Spurgeon
II ¿Pueden Fusionarse los Sistemas Arminiano y Calvinista?

INTRODUCCIÓN

Spurgeon ha sido olvidado. Se habla mucho de él incluso se le cita algunas veces en los púlpitos, pero poco se conocen las doctrinas que predicó y que constituyeron la clave y fundamento del ministerio del gran predicador inglés. Que no se le conozca bien en España y países de habla hispana no es extraño, pues lo que de él se ha publicado en castellano es muy limitado. Por otra parte, las referencias que de Spurgeon nos han llegado oralmente, a menudo han sufrido deformaciones, como las sufre toda tradición. Incluso en Inglaterra se ha olvidado al verdadero Spurgeon, y hoy en día se publican respetuosas, aunque caricaturescas, biografías, y se editan mutilados algunos de sus sermones. El presente libro demostrará al lector que, en realidad, no se conoce al famoso predicador bautista.

El contenido de esta obra se publicó originalmente en dos partes, las mismas en que se divide el libro, en THE BANNER OF TRUTH; la primera de ellas en el número 25 (marzo de 1962) y la segunda en el extraordinario de febrero de 1963 (números 28 y 29). Su autor, Iain Murray, es pastor de la bien conocida Grove Chapel de Londres, y fundador y director de THE BANNER OF TRUTH TRUST, hoy en día una de las más importantes editoriales evangélicas. En la primera parte hallará el lector una reseña biográfica, centrada especialmente en el año 1856, año clave para comprender el ministerio de Spurgeon, y en la que se podrá apreciar su carácter, obra y circunstancias históricas de su vida.

En la segunda se encuentra una cuidada síntesis, abundantemente documentada, de sus convicciones doctrinales, convicciones que no respondían a una fría aprehensión de las doctrinas de la Biblia, sino que, como dice al autor, "habían sido grabadas con fuego en él por el Espíritu Santo, irradiadas a su alrededor por su amor a su Redentor, y conservadas en toda su lozanía durante su ministerio por la continua comunión con Dios. Spurgeon sentía poca simpatía por los que sostenían un sistema ortodoxo desprovisto de la unción viva del Espíritu".

Al final del libro se incluyen dos apéndices. En el primero se compara uno de los sermones de Spurgeon de los varios que se han publicado recientemente por una editorial inglesa, con el que fue publicado originalmente por el mismo Spurgeon. En el segundo se responde a la pregunta: ¿Pueden fusionarse los sistemas Arminiano y Calvinista?

Quiera el Señor que la lectura de este libro ayude al lector a consagrarse, como Spurgeon, a la defensa de la pureza del Evangelio. En estos tiempos de confusión en los que el diablo introduce ideas contrarias a la Revelación de Dios en tantas mentes evangélicas, estos tiempos en los que muchos cristianos viven con temor a definirse por causa de su confusión acerca de la ortodoxia evangélica, es necesario tener ideas y conducta claras. Nada puede unirnos sino la Verdad.

"Y al que puede confirmaros según mi Evangelio y ¡a predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén."

JORGE PERERA

Marzo, 1964.



LA PERSONA DE SPURGEON

Es imposible llegar a calcular la importancia del significado de la vida de C. H. Spurgeon sin conocer algo de la situación religiosa del país en el momento en que comenzó su ministerio, a mediados del siglo XIX. El cristianismo protestante era más o menos la religión nacional, se observaba rigurosamente el domingo, se respetaban las Escrituras y, aparte de los miles no alcanzados en algunas de las grandes ciudades, era costumbre general asistir a la iglesia. Todas estas cosas se aceptaban de modo tan general, y estaban evidentemente tan arraigadas, que los cambios espirituales que desde entonces ha presenciado la nación eran tan remotos para aquellos victorianos como los automóviles y los aviones. Sin embargo, no es preciso observar por mucho tiempo el cristianismo que prevalecía en los años 1850 a 1860, para notar algunas señales difícilmente identificables con lo que hallamos en el Nuevo Testamento: era demasiado elegante, demasiado respetable, demasiado amigo del mundo. Era como si textos tales cual «el mundo entero está bajo el maligno» ya no fueran correctos. La Iglesia no carecía de riqueza, ni de hombres, ni de dignidad; pero sufría una triste escasez de unción y poder. Había una tendencia general a olvidar la diferencia entre la erudición humana y la verdad revelada por el Espíritu de Dios. No escaseaban la elocuencia y la cultura en los púlpitos, pero había una notable ausencia del tipo de predicación que quebranta los corazones de los hombres. Quizá la peor señal de todas era el hecho de que pocos tenían conciencia de estas cosas. La iglesia, externamente, era lo suficientemente próspera para contentarse con seguir la rutina de años anteriores. Un escritor contemporáneo, lamentando este apático formalismo, observaba: "El predicador habla durante el tiempo acostumbrado; la congregación se sienta, y escucha quizá con bastante paciencia; se canta el acostumbrado número de estrofas, y la actividad del día ha terminado; generalmente, no suele ocurrir nada más. Nadie negará que esta es, ni más ni menos, la descripción del actual estado de cosas en la mayoría de nuestras iglesias. Si el predicador deja caer el pañuelo sobre el salterio, o da un golpe algo más fuerte que de costumbre con su eclesiástico puño, se notará, se recordará, y se comentará, mientras se demuestra un olvido absoluto del tema y naturaleza de lo que se ha tratado". Pronto atacaría Spurgeon este tradicionalismo muerto con palabras más directas: "Creéis que porque algo es antiguo, ha de ser venerable. Amáis las antigüedades. Quisierais que la carretera no fuese arreglada, por el solo hecho de que vuestro abuelo pasó en su carro por los surcos que allí se ven. «Que no lo toquen», decís: «que siga siendo un surco profundo». ¿Acaso vuestro abuelo no pasó por él estando aún enfangado? ¿Por qué no habéis de hacer lo mismo? Si era bueno para él, es bueno para vosotros. Siempre os habéis sentado cómodamente en la capilla. Nunca visteis un avivamiento, ni queréis verlo”.

Los sectores evangélicos de la Iglesia no habían escapado de las tendencias predominantes de la época. Se admiraba el recuerdo de Whitefield y Wesley, pero no se les seguía. El filo de la Verdad evangélica había perdido gradualmente su corte. Aquellas recias doctrinas metodistas que habían sacudido al país un siglo antes no habían sido abandonadas - y unos pocos las predicaban todavía con fervor -, pero la opinión general era que la época victoriana necesitaba una presentación más refinada del Evangelio. Con semejantes puntos de vista, era inevitable que la enérgica y definida Teología Reformada de la Inglaterra de los siglos XVI y XVII estuviera completamente desechada. El historiador de la Reforma Merle d'Aubigné, de Ginebra, que visitó este país en 1845, dice que se vio obligado a preguntarse si el puritanismo "existe todavía en Inglaterra. Quizá habrá caído bajo la influencia de los acontecimientos nacionales, y la mofa de los novelistas. Acaso, en fin, será necesario volver al Siglo XVII para

encontrarlo". No obstante, es cierto que algunos de los líderes evangélicos del país, especialmente los menos jóvenes, estaban hondamente preocupados por la situación espiritual de las iglesias; John Angell James, por ejemplo, que había pastoreado la famosa Iglesia Congregacional de Carr's Lane, en Birmingham, desde 1805, escribía en 1851: "El estado de la religión en nuestro país es bajo. No creo que haya predicado jamás con menos resultado para salvación que ahora; y, lo mismo ocurre a la mayoría. Es una aflicción general."

Si estas cosas eran ciertas en cuanto al país en general, lo eran especialmente en Londres, y la Capilla Bautista de New Park Street, situada en un sector «de penumbra y suciedad" junto a la orilla meridional del Támesis en Southwark, no era una excepción. La congregación tenía una admirable historia que se remontaba al siglo XVII, pero por aquel entonces se encontraba como las barcas abandonadas en el cercano fango durante la marea baja. Durante años había estado en decadencia, y el edificio, grande y ornamentado, construido para una congregación de mil personas, estaba vacío en sus tres cuartas partes durante los cultos. Esta fue la escena que acogió al joven de diecinueve años que vino de Essex para predicar por primera vez en el púlpito de New Park Street la fría y triste mañana del 18 de diciembre de 1853. Fue la primera vez que la voz de Spurgeon se oía en Londres, pero casi inmediatamente fue llamado a iniciar un pastorado que habría de continuar durante treinta y ocho años hasta su muerte, el 31 de enero de 1892.

EL OLVIDADO SPURGEON

No son pocos los grandes predicadores del Evangelio que han sido olvidados por la posteridad por haber escrito poco, y por no haber tenido biógrafos que recogieran su obra. En un sentido, el recuerdo de C. H. Spurgeon ha sufrido precisamente por razones opuestas. Lo que llegó a predicar, escribir y publicar fue colosal: más de sesenta volúmenes del New Park Street y Metropolitan Tabernacle Pulpit (cada volumen con un promedio de setecientas páginas de letra pequeña), veintiocho volúmenes de The Sword and Trowel (revista mensual) y más de un centenar de otros libros de diversos tamaños. La información biográfica que existe acerca de él es de una escala similar. Decir que se han impreso más de veinte volúmenes sería probablemente inexacto e inferior a la realidad; las mejores obras, por si solas (la Autobiografía publicada por la señora Spurgeon, y la Vida y Obra por G. H. Pike), forman diez volúmenes. También se halla importante información, de naturaleza autobiográfica, en sus sermones y revistas, información que aún no ha sido completamente usada por ningún biógrafo. Evidentemente, poco tendría de ordinaria la biografía que retratara apropiadamente semejante vida dentro de los límites de un solo volumen, y aunque varios escritores lo han intentado, ninguno lo ha logrado realmente. Hay el peligro, pues, de que los biógrafos populares de Spurgeon, por insuficiencia puedan, de hecho, aunque desde luego sin querer, engañar a sus lectores. Los falsos conceptos que hoy día existen acerca de Spurgeon se deben ciertamente en parte a sus biógrafos. Pero hay algo peor debido a que es menos reconocido, y es que Spurgeon ha sufrido también a manos de algunos de sus editores. Es necesario decir, por ejemplo, que nadie puede juzgar apropiadamente su ministerio leyendo la actual Edición Kelvedon de sus sermones. Esta edición se compone de material que es tan sólo un fragmento seleccionado de Spurgeon, y está abreviado de manera que el lector ordinario jamás imaginaria. Así pues, conviene darse cuenta de que es posible estar familiarizado

con gran cantidad de anécdotas populares acerca de Spurgeon, y aun con selecciones de sus propias palabras, y al mismo tiempo estar muy lejos de poseer una valoración exacta de la importancia de su vida y mensaje.

Si hubiera que dar un bosquejo de la vida de Spurgeon, se parecería más o menos a uno de sus propios sermones: una introducción y tres divisiones. La introducción sería el Spurgeon de la infancia y la adolescencia, mientras era moldeado y preparado en la campiña de Essex y Cambridgeshire. Luego el primer periodo, Spurgeon en New Park Street, época de despertamiento y conmoción, de oposición amarga que trataba de escarnecerle. El segundo período sería el de Spurgeon en la época central de su vida, después que se hubo instalado en el Tabernáculo Metropolitano y que la tormenta se hubo apaciguado gradualmente hasta convertirse en largos años de tranquilo progreso y bendición. Su posición estaba reconocida, y se convirtió en el admirado y popular líder evangélico de Londres. El último punto sería el período de aproximadamente cinco años antes de su muerte a los cincuenta y siete años. En estos años finales, la paz terminó súbitamente. Una vez más, Spurgeon se opuso a la mayoría evangélica que le rodeaba, y se convirtió en el centro de la controversia que fue llamada «Down Grade» (Decadencia) -controversia que había de tener graves repercusiones en esta nación -. Aunque todavía se le respetaba, ya no se le seguía de modo tan general. Era casi como si la rueda de su ministerio hubiera trazado un círculo completo y volviera a los años primeros en que había experimentado la censura, el sufrimiento y la soledad de dar fiel testimonio de las verdades que la Iglesia profesante no deseaba. Las palabras que había pronunciado al principio fueron ciertas al final: "En el camino que lleva hasta el cielo, nos daremos cuenta de que no se llega allí sino «por un pelo». No llegaremos al cielo viento en popa y a toda vela, como las aves marinas con sus hermosas y blancas alas, sino que muchas veces navegaremos con las velas hechas jirones, los mástiles crujiendo, y las bombas de agua achicando día y noche. Llegaremos a la ciudad a la hora de cerrarse las puertas, pero no antes".

Sin duda es significativo que el Spurgeon mejor recordado hoy sea el de la época media, el predicador popular, el hombre cuyos sermones se imprimían en Veintitrés idiomas y de los cuales se habían publicado cien millones de ejemplares a finales del siglo XIX. El Spurgeon de New Park Street, el hombre cuyo mensaje fue tan mal recibido que el único lugar de Cambridge donde se vendían sus libros era la tienda de ultramarinos, y que podía hablar de sí mismo diciendo que se le tenía "por la escoria de la creación; apenas hay un ministro que nos mire o hable favorablemente de nosotros", este Spurgeon ha sido casi olvidado. Asimismo el Spurgeon de la controversia "Down Grade" -el profeta que advertía a sus compañeros evangélicos: "Estamos descendiendo a velocidades propias de los dementes", y que decía: "Es mera palabrería el decir: "Somos evangélicos; todos somos evangélicos y al mismo tiempo negarse a decir lo que significa evangélico"- este Spurgeon es hoy día poco conocido. Sin embargo, creemos que es precisamente la carga de los primeros y los últimos años de Spurgeon la que más de cerca nos concierne a nosotros en la época actual, pues el énfasis de sus enseñanzas en dichos periodos vierte mucha luz sobre la situación de los evangélicos, hoy día. En las páginas siguientes no vamos a tratar de detallar el bosquejo de su vida, sino más bien de concentrarnos principalmente en un año de su ministerio, el año 1856, cuando él contaba veintidós. Este año fue para Spurgeon lo que el año 1739 fue para George Whitefield, y así como uno no puede entender la vida de Whitefield sin conocer lo que ocurrió cuando tenía veinticuatro años, así el estudio de Spurgeon a la edad de veintidós nos ofrece, por así decirlo, la clave para entender el curso futuro de su

vida, y nos da también una visión en primer plano de lo que un contemporáneo llamaba la etapa más romántica aun en la maravillosa vida de Spurgeon”.

EL AÑO 1856

Grandes eran los cambios que habla presenciado la capilla de New Park Street desde los primeros días de 1854. Ya en otoño de aquel año, quinientas personas era la asistencia normal a la reunión de oración de cada semana. La iglesia se llenaba aun después de ser ampliada, y era insuficiente para el número de oyentes. Pronto se hizo evidente que en Londres ocurría algo que no había ocurrido desde los tiempos de Whitefield y Wesley. Un ministro de Escocia que visitó New Park Street a principios de 1856, ha hecho la siguiente descripción de la asistencia al culto de la noche. Llegó, dice, con dos acompañantes, alrededor de las seis, y el culto empezaba a las seis y media: «Con gran desaliento hallamos una muchedumbre esperando ya a la puerta. Sólo los que tenían entrada podían pasar; no teniéndola nosotros, casi desesperábamos por no tener acceso. No obstante, uno de mis acompañantes se acercó a un policía y le dijo que era un ministro procedente de Escocia y tenía grandes deseos de entrar. Al oír esto, el agente dijo muy cortésmente que nos permitiría entrar en la iglesia, pero no nos prometía asientos. Era todo lo que deseábamos. Uno de nosotros (una señora) fue obsequiado con un asiento; mi otro acompañante y yo nos consideramos felices de que nos permitieran sentarnos en una ventana, con una densa multitud en el pasillo a nuestros pies. Pregunté a un hombre que estaba cerca de mí si venía habitualmente; me dijo que sí. «¿Por qué, pues, no toma usted asiento?» le pregunté. «¡Asiento!» replicó; «Esto no se puede conseguir por más que se quiera. Tengo una entrada para poder entrar y estar en pie». Se me dijo que la iglesia tenía asientos para mil quinientas personas; pero entre las aulas y los pasillos, que estaban congestionados, sin duda había más de tres mil”.

No parecía haber límite para el número de oyentes que anhelaban oír el mensaje de Spurgeon. El Exeter Hall, en el Strand, con una capacidad aproximada de cuatro mil personas, solía usarse frecuentemente el domingo por la noche en vez de la capilla, hasta que por fin los administradores del Exeter Hall se quejaron de que no podían alquilar indefinidamente el local a los miembros de una sola denominación. Fue esto lo que condujo, en octubre de 1856, al uso de la Sala de Conciertos de Surrey Gardens, vasto edificio que acababa de ser erigido para los conciertos de un popular músico, M. Jullien, y con capacidad para una multitud de seis a diez mil personas, El hecho de que las multitudes estén dispuestas a escuchar el Evangelio no es en sí una prueba de verdadero avivamiento, pero hay buenas razones para creer que, en esta época, centenares de personas estaban entrando realmente en el Reino de Dios. En 1857 decía Spurgeon: "En un año he tenido la dicha de ver personalmente a más de mil convertidos". La convicción de Spurgeon era que su iglesia se encontraba en medio de un gran despertar espiritual; de hecho usaba este solemne argumento para con aquellos que aún dormían: "La incredulidad hace que en tiempos de avivamiento y de derramamiento de la gracia de Dios, estéis aquí sentados sin sentir ningún llamamiento, sin ser salvos". "Creo" decía en otra ocasión, "que muchos de los antiguos puritanos saltarían en sus tumbas si supieran lo que esta ocurriendo ahora".

Pero sería un grave malentendido imaginar que aquellos días no eran sino pura dicha para Spurgeon, pues en la misma época se encontraba en medio de una de las más crueles persecuciones que un ministro del Evangelio haya jamás sufrido por sí solo en este país. En el dormitorio de su hogar, en el número 217 de New Kent Road, la señora Spurgeon había colgado

aquel texto que dice: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mateo 5:11-12). Estas palabras describen más o menos la experiencia diaria de Spurgeon a la edad de veintidós años. Su nombre era satirizado en la prensa y "pateado en la calle como una pelota de fútbol". Los periódicos no podían ignorarle, pues su ministerio era ya tema de conversación en toda Inglaterra, pero tampoco podían encomiarle, pues atacaba la religión respetable que ellos apoyaban. The Illustrated Times escribía el 11 de octubre de 1856: "La popularidad del señor Spurgeon no tiene precedentes; puede afirmarse que no se ha conocido antes desde los días de Whitefield. La capilla de Park Street no tiene capacidad ni para la mitad de las personas deseosas de oírle, y aun Exeter Hall es insuficiente. Ciertamente, amigos se proponen alquilar la Sala de Conciertos de Surrey Gardens, y creen firmemente que se llenará. Su popularidad no se limita a Londres; recientemente hemos visto con nuestros propios ojos, en un día laborable, en una remota comarca agrícola, largas filas de personas que convergían hacia un punto, y al preguntar a una de ellas dónde iban, se nos respondió: «Vamos a oír al señor Spurgeon»." El periódico proseguía diciendo que cabría predecir que era sólo cuestión de tiempo que la corriente de la popularidad "diese media vuelta y le abandonase".

En muchos lugares del país, la prensa local se unía al clamor de alarma. La siguiente cita, sacada de un periódico de Sheffield, es típica del punto de vista que generalmente prevalecía: "En los momentos actuales, el gran león, la estrella, el meteoro, o llámeselo como se quiera, de los bautistas, es el reverendo señor Spurgeon, ministro de la capilla de Park Street en Southwark. Ha hecho verdadero furor en el mundo religioso. Cada domingo, las multitudes asaltan Exeter Hall como si fueran a un gran espectáculo dramático. El enorme local se llena a rebosar de un público emocionado, cuya buena fortuna en conseguir entrada suele ser envidiada por los centenares que se quedan fuera asediando las puertas cerradas... El señor Spurgeon se predica a sí mismo. No es otra cosa que un actor, y no hace otra cosa sino exhibir aquella incomparable desfachatez que le caracteriza en grado sumo, entregándose a burdas familiaridades con las cosas santas, hablando en estilo delirante y coloquial, contoneándose arriba y abajo en la plataforma como si estuviera en el Teatro de Surrey, y jactándose de su propia intimidad con los cielos con una frecuencia que da náuseas. Se diría que el cerebro de este pobre joven ha sido trastornado por la notoriedad que ha adquirido, y por el incienso que se ofrece en su santuario. Reconozcamos en favor de ellos, que las grandes luminarias de su denominación no apoyan ni alientan al señor Spurgeon. Es un fenómeno maravilloso, pero de corta duración, un cometa que ha aparecido súbitamente en el firmamento religioso. Ascendió como un cohete, y dentro de poco descenderá como la caña".

Los periódicos no lograron silenciar a Spurgeon, pero el objetivo casi lo consiguió otro método más diabólico la noche del domingo 19 de octubre de 1856. Por primera vez la congregación de New Park Street se reunía en la Sala de Conciertos de Surrey Gardens, y el vasto edificio, con sus tres galerías, estaba lleno a rebosar. Cuando el culto ya había empezado y Spurgeon estaba orando, se oyó en diversos puntos el grito de "¡Fuego!". En medio de la confusión y el pánico que inmediatamente se produjo, se oyeron los gritos de: "¡Se hunden las galerías!" "¡Se está cayendo el techo!" A continuación se produjo una estampida en la que murieron siete personas, y veintiocho fueron llevadas al hospital, gravemente contusionadas y heridas. Los instigadores de esta falsa alarma -pues no era otra cosa- no fueron jamás hallados,

pero las terribles consecuencias de la misma quedaron marcadas vívidamente en la mente de Spurgeon toda su vida, y la conmoción que sufrió fue tal que durante un tiempo se dudó si jamás volvería a predicar.

Después del desastre de la Sala de Conciertos de Surrey, los ataques de la prensa contra Spurgeon arreciaron hasta el máximo. The Saturday Review escribía el 25 de octubre: "Creemos que las actividades del señor Spurgeon no merecen en lo más mínimo la aprobación de sus correligionarios. Apenas hay un ministro no conformista de cierta categoría que esté asociado con él. No observamos, en ninguno de sus proyectos u operaciones de edificación, que los nombres de ninguno de los líderes del llamado mundo religioso figuren como fiadores... Existe la opinión general de que sus anormales procedimientos no benefician a la religión.. El alquilar lugares de esparcimiento público para la predicación del domingo es una lamentable novedad. Da la impresión de que la religión se encuentre falta de recursos. Después de todo, el señor Spurgeon no hace otra cosa sino representar el papel de Jullien dominical. Se nos habla del espíritu profano que debe haber habido en el fondo de la mente clerical cuando la Iglesia representaba Autos Sacramentales y toleraba la Fiesta de los Asnos; pero estas cosas antiguas reaparecen cuando los predicadores populares alquilan salas de conciertos, y predicán la redención limitada en salas saturadas de olor a tabaco, y donde resuenan las castas melodías del Bobbing Around y los vales de La Traviata."

"El asunto de Surrey Gardens ha sido un gran golpe efectista. El deplorable accidente en que siete personas perdieron la vida, y docenas quedaron lisiadas, mutiladas o gravemente heridas, era considerado por Spurgeon como una nueva intervención de la Providencia en su favor. "Confío en que este acontecimiento nos enseñará la necesidad de " ...ser ¿sobrios, racionales y decentes?... No; "tener un edificio propio". Sí, predicar hasta que otra multitud llegue al frenesí del terror, -matar y aplastar una o dos docenas más -, y entonces las especulaciones habrían tenido éxito".

LOS DONES DE SPURGEON

Dejando ahora lo que el mundo pensaba de Spurgeon en 1856, consideremos algunas de las razones que habían hecho de él un instrumento de este gran despertar. En primer lugar, Spurgeon poseía destacadas capacidades naturales que fueron todas consagradas a la causa de la proclamación de la Palabra. Su poder intuitivo y descriptivo le permitía presentar verdades familiares con un vigor que sobrecogía. Tómese la declaración en que exhorta a los creyentes a despertar en cuanto a la urgencia de dar a conocer el Evangelio: "Cristiano, recuerda que el tiempo pasa mientras tu duermes. Si pudieras parar el tiempo, podrías permitirte algún ocio; si pudieses, como vulgarmente se dice, «agarrar el toro por los cuernos», podrías hacer una pequeña pausa; pero no debes descansar, porque las terribles ruedas del carro del tiempo van impulsadas a tan tremenda velocidad que los ejes están al rojo vivo y no hay pausa en esta carrera. Marchan, y pronto ha pasado un siglo como si fuera una velada en la noche." Este lenguaje contrastaba especialmente con el apático estilo de predicación del periodo medio de la

era victoriana. A ojos del mundo religioso era una desfachatez que un joven advenedizo popularizase un nuevo estilo de predicación. Pero de hecho, eso es lo que Spurgeon hizo, y, al hacerlo, demostró que poseía una confianza en si mismo y una originalidad nada comunes. Desdeñaba presentar el Evangelio de modo solemne y poco personal, y hablaba a sus oyentes como si les tuviera de la mano y estuviese hablando con ellos en la calle.

Spurgeon tomaba verdades y temas «trillados" que habían llegado a considerarse como poco interesantes y pesados, y los presentaba en un lenguaje tan claro y convincente que los oyentes difícilmente podían impedir que la predicación les captara y les conmoviera profundamente. Observa la riqueza del lenguaje de la doctrina y de la ilustración, por ejemplo, en la siguiente cita sobre la perpetuidad de la Iglesia: "*¡Reflexiona primero en el hecho de que existe una Iglesia, qué maravilloso es esto! Es quizá el mayor milagro de todos los siglos que Dios tenga una Iglesia en el mundo"... ¡Siempre una Iglesia! Cuando toda la fuerza de los emperadores paganos se precipitó como una avalancha atronadora sobre ella, se sacudió de encima la tremenda carga como un hombre se sacude los copos de nieve del abrigo, y siguió viviendo sana y salva. Cuando la Roma papal descargó su malicia aún más furiosa e ingeniosamente; cuando perseguían cruelmente a los santos en medio de los Alpes, o los acosaban en los países bajos; cuando los albigenses y los valdenses vertían su sangre en los ríos, y teñían de púrpura la nieve, la Iglesia seguía viviendo, y nunca estuvo en mejor salud que cuando estuvo sumergida en su propia sangre. Cuando después de una reforma parcial en nuestro país, los que pretendían tener religión determinaron que los auténticamente espirituales habían de ser arrojados del mismo, la Iglesia de Dios no durmió ni suspendió su carrera de vida o servicio. Que el pacto firmado con sangre dé testimonio del vigor de los santos perseguidos. Oíd sus salmos en medio de las colinas de Escocia, y su oración en las cámaras secretas de Inglaterra. Oíd la voz de Cargil y Cameron tronando sobre los montes contra un falso rey y un pueblo apóstata; oíd el testimonio de Bunyan y sus compañeros, que preferían pudrirse en las mazmorras a doblar la rodilla a Baal. Preguntadme: ¿Dónde está la Iglesia? y podré hallarla en cualquier periodo y en todo momento, desde el día en que por primera vez, en el Aposento Alto, el Espíritu Santo descendió, hasta ahora. Nuestra sucesión apostólica se presenta en línea ininterrumpida; no a través de la Iglesia de Roma; no en las manos supersticiosas de los papas hechos por el sacerdocio, o de los obispos creados por los reyes (¡cuán disfrazada mentira la sucesión apostólica de los que tan orgullosamente se jactan de ella!) sino a través de la sangre de hombres buenos y genuinos, que nunca abandonaron el testimonio de Cristo; a través de los lomos de pastores auténticos, evangelistas laboriosos, mártires fieles, y hombres de Dios honorables, vamos descubriendo nuestro árbol genealógico hasta llegar a los pescadores de Galilea, y nos gloriamos en que, por la gracia de Dios, perpetuamos aquella Iglesia verdadera y fiel del Dios vivo, en quien Cristo habitó y habitará hasta el fin del mundo.*

La maravilla más sorprendente es que permanezca en la perfección. Ni uno solo de los elegidos de Dios ha vuelto atrás; ni uno solo de los comprados con la sangre de Cristo ha negado la fe. Ni una sola alma de las que fueron llamadas eficazmente puede ser obligada a negar a Cristo, aunque su carne le sea arrancada de los huesos con tenazas calientes, o que su cuerpo atormentado sea echado a las fauces de las fieras. Todo lo que el enemigo ha hecho contra la Iglesia ha sido inútil. La roca antigua ha sido asaltada una y otra vez por las olas tempestuosas, sumergida mil veces en los torrentes y las inundaciones, pero aun sus aristas permanecen inalteradas e inalterables. Podemos decir del Tabernáculo del Señor, que ni una de sus barras ha sido quitada, y ni una de sus lazadas ha sido rota. La casa del Señor, desde el

fundamento hasta el pináculo, sigue perfecta: <Descendió la lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y, no cayó>, no, ni una piedra cayó, porque estaba fundada sobre la roca."

No cabe duda de que una de las principales razones de la influencia de Spurgeon fue que poseía capacidades que le permitían romper los moldes de su época, y también la confianza para resistir la tormenta que sus acciones despertaban. "A menudo -declaraba en un sermón sobre la oración -, debido a que no he orado de forma convencional, se ha dicho: «¡Ese hombre no tiene reverencia!» Señor mío, usted no es juez de mi reverencia. Hermanos, me gustaría quemar las antiguas oraciones que hemos usado en estos últimos cincuenta años: aquello del «aceite que va de vaso en vaso»; aquel texto mal citado y manoseado: «Donde dos o tres se reúnen, estarás en medio de ellos para bendecirlos»; y todas aquellas citas -que hemos estado fabricando, desplazando y copiando de unos a otros. Ojalá llegáramos a hablar a Dios desde nuestros propios corazones". Era igualmente inflexible cuando contestaba a los críticos de su predicación: "No soy demasiado meticuloso en cuanto a mi manera de predicar. No he buscado la estima del hombre; no he pedido a nadie que se someta a mi ministerio; predico lo que deseo, cuando lo deseo, y como lo deseo."

Probablemente sólo ha habido en la historia de la iglesia de Inglaterra dos evangelistas con los cuales Spurgeon se pueda comparar debidamente. En varios de sus dones naturales se parece a Hugh Latimer y George Whitefield; pero en uno de esos dones superaba en gran manera a estos dos predecesores. Tenía un poder mental que le permitía asimilar, digerir y luego popularizar prácticamente todo lo que leía. A esto hemos de añadir el hecho de que la formación de Spurgeon había sido tal, que cuando llegó a Londres había leído una cantidad enorme de libros para un hombre de su edad. Estaba empapado en lo que él mismo llamaba la edad de oro de la teología inglesa, el periodo puritano, y sobre todo había sido un asiduo lector de la Biblia desde la edad de seis años. Lo que Spurgeon escribió de Bunyan se puede aplicar igualmente a él: "Leed cualquier cosa de su pluma, y comprobaréis que es casi como leer la Biblia misma. Había estudiado nuestra Versión Autorizada, que en mi opinión nunca será superada hasta que Cristo venga; la había leído hasta que todo su ser estuvo saturado de la Escritura. Pinchadle donde queráis, y descubriréis que su sangre es «biblina», la mismísima esencia de la Biblia, que mana de él. No puede hablar sin citar un texto, pues su alma está llena de la Palabra de Dios" .

EL PODER DE SPURGEON

Sería injusto ignorar los dones naturales de Spurgeon y lo profundo de sus estudios, pero sería aún mayor injusticia imaginar que estas cosas explican el carácter de su ministerio en la primera fase del mismo. Decir tal cosa estaría en contradicción con todo lo que él enseñaba. Spurgeon vino a Londres consciente de que Dios había estado ocultando Su rostro de Su pueblo. Su conocimiento de la Biblia y de la historia eclesiástica le convencieron de que, en comparación con lo que la Iglesia tenía motivos para esperar, el Espíritu de Dios estaba ausente en gran medida, y si Dios continuaba retirando Su rostro, declaró a la congregación, nada podría hacerse

para extender Su Reino. No son vuestros conocimientos, ni vuestro talento, ni vuestro celo, los que pueden llevar a cabo la obra de Dios. "No obstante, hermanos, esto puede hacerse: Clamaremos al Señor hasta que Él nos muestre de nuevo su rostro." «Todo lo que necesitamos es el Espíritu de Dios. Amados amigos cristianos, id a vuestro hogar y orad pidiéndolo; no reposéis hasta que Dios se revele a Si mismo; no os entretengáis, no os contentéis con seguir con vuestro perpetuo trote lento como habéis hecho; no os contentéis con la mera rutina de las cosas habituales. ¡Despierta, Sión; despierta, despierta, despierta!"

Antes de que pasaran muchos meses era manifiesto que la congregación de New Park Street estaba despertando, y a medida que el afán en la oración se convirtió en característica de la iglesia, cierta carga común se esparció del pastor a la congregación. «El Señor envíe bendición. Es preciso que la envíe, pues, si no lo hace, nuestros corazones estallarán." ¡Qué cambio en las reuniones de oración! Ahora, en vez de las antiguas y apáticas oraciones, <cada uno parecía un cruzado sitiando a la nueva Jerusalén; cada uno parecía estar determinado a asaltar la Ciudad Celestial con el poder de la intercesión; y pronto la bendición se derramó sobre nosotros en tal abundancia que no teníamos espacio donde recibirla".

Hasta el final de su vida Spurgeon se refirió al avivamiento de New Park Street como una de las evidencias seguras de que Dios contesta la oración, y solía recordar a su congregación aquellos primeros días: "¡Qué reuniones de oración hemos tenido! ¿Olvidaremos jamás Park Street; aquellas reuniones de oración en que me sentía obligado a dejaros partir sin una palabra de mis labios, porque el Espíritu de Dios estaba, presente de modo tan manifiesto que teníamos que doblegarnos hasta el polvo? ... "¡Y qué manera de escuchar había en Park Street, donde apenas teníamos el aire suficiente para respirar! El Espíritu Santo descendía como lluvia que satura el suelo hasta que los terrones están a punto para ser rotos; y no pasaba mucho tiempo sin que a derecha e izquierda oyéramos el clamor de "¿Qué debemos hacer para ser salvos?». "

Algunas de las admoniciones más solemnes que Spurgeon jamás dirigiera a su congregación fueron acerca del peligro de que cesaran de depender de Dios en oración. «¡Que Dios me ayude si dejáis de orar por mi! Avisadme en aquel día, y tendré que cesar de predicar. Avisadme cuando os propongáis cesar en vuestras oraciones, y clamaré: «Dios mío, dame la tumba en este día, y que yo duerma en el polvo». ". Estas palabras no eran elocuencia de predicador; antes expresaban los sentimientos más profundos de su corazón. Creía que sin el Espíritu de Dios nada podía hacerse. Cuando su congregación cesara de sentir su "dependencia entera y absoluta en la presencia de Dios", estaba seguro de que "antes de poco tiempo vendrían a ser objeto de desprecio y comentario velado, o quizás un mero leño sobre el agua".

En todo su ministerio esta preocupación de Spurgeon tuvo un lugar especial en su corazón. "Si hubiera de escoger una sola oración antes de morir, sería ésta: «Señor, envía a tu Iglesia hombres llenos del Espíritu Santo y de fuego.» Haya tales hombres en cualquier denominación, y su progreso será irresistible; privadles de tales hombres, enviadles caballeros de cátedra, de gran refinamiento y profunda erudición, pero poco fuego y gracia, perros callados que no saben ladrar, e inevitablemente la denominación decaerá'.

Así, pues, la verdadera explicación del ministerio de Spurgeon ha de hallarse en la Persona y Poder del Espíritu Santo. Él mismo se daba cuenta de esto de manera muy profunda.

No era la admiración del hombre lo que deseaba, sino que tenía celo en que los hombres reverenciaran y temieran a Dios. Un predicador, dice, "debiera saber que posee realmente el Espíritu de Dios, y que cuando habla opera en él una influencia que le capacita para hablar según los deseos de Dios; o de lo contrario, debe abandonar el púlpito sin demora; no tiene derecho a estar allí. No ha sido llamado a predicar la verdad de Dios".

La presencia del Espíritu Santo se manifestó en el ministerio de Spurgeon en dos facetas prominentes. En primer lugar, en el espíritu de su predicación. Como el apóstol Pablo, predicaba "con debilidad, y mucho temor y temblor" (I Corintios 2:3). «Temblamos», dice, "por el temor de creer mal; y temblamos más aún -si compartís mi experiencia - por el temor de confundir e interpretar mal la Palabra. Creo que Martín Lutero se habría enfrentado sin temor con el mismo espíritu del infierno, pero tenemos su propia confesión de que las rodillas le temblaban cuando se levantaba a predicar. Temblaba por el temor de no ser fiel a la Palabra de Dios. Predicar toda la verdad es una carga tremenda. Nosotros, los que somos embajadores de Dios, no podemos jugar, sino que hemos de temblar ante la Palabra de Dios". Cuando el Espíritu Santo toma a un hombre, le da algo de aquella misma solicitud por las almas de los hombres y las mujeres que se veía en el ministerio terrenal de Cristo. Jesús nunca predicó un sermón sin solicitud", decía Spurgeon, y procuraba ser hecho semejante a su Señor. Siguiendo este supremo ejemplo, era a veces llevado a cumbres de gozo. Predicando en Juan 17:24, exclamó: «He tenido un pensamiento, pero no puedo expresarlo. Podría fácilmente entrar en el cielo, -eso es lo que siento en este momento"; pero fue llevado también a aquellas profundidades semejantes al Getsemaní, en donde uno es consciente de la terrible realidad del juicio divino contra el pecado humano. "Nuestro corazón está a punto de romperse", decía, «cuando pensamos cómo las multitudes rechazan el Evangelio", y era en ese espíritu que siempre procuraba hablar. "Puedo decir en este momento», exclamó en el transcurso de un sermón, «que siento realmente un anhelo indescriptible por la conversión de mis oyentes. Tendría por gran privilegio poder dormir el sueño de la muerte esta mañana, si esa muerte pudiese redimir vuestras almas del infierno".

Para Spurgeon el púlpito era el lugar más solemne del mundo y nada podía estar más alejado de la verdad que el sugerir que hacia de él un lugar de entretenimiento. William Grimshaw amonestó en una ocasión a George Whitefield, cuando este último predicaba en Haworth, y, aquellas palabras parecían resonar en los oídos de Spurgeon: "Hermano Whitefield, no los adule, me temo que la mitad de ellos van al infierno con los ojos abiertos".

Todo ministro puede entender lo que John Wesley quería decir cuando exclamó: "Si hubiera de predicar un año entero en un solo lugar, conseguiría dormirme yo y dormir a la mayor parte de mi congregación", y había momentos en que Spurgeon deseaba que se aligerara la carga de predicar año tras año a miles de oyentes. "Hay momentos innumerables en que he deseado llegar a ser pastor de una pequeña iglesia campestre, con doscientos o trescientos oyentes, pues podría velar por aquellas almas con solicitud ininterrumpida". Pero sabía que no había de ser, y oraba a Dios pidiendo que le fuera sellada la boca en eternal silencio antes que permitirle llegar a ser descuidado o a sentirse satisfecho mientras las almas se condenaban: "Sería mejor que nunca hubiese nacido si predicara a estas gentes sin solicitud, o retuviera alguna parte de la verdad de mi Maestro. Es mejor haber sido diablo que predicador de los que juegan con la Palabra de Dios, obrando así la ruina de las almas de los hombres... La cúspide de mi ambición será ser limpio de la sangre de todos. Si, como George Fox, pudiera decir al morir: «Soy limpio, soy limpio», eso sería casi todo el cielo que podría desear".

Sin embargo, describir el espíritu en que Spurgeon predicaba no es presentar la prueba definitiva para nuestra creencia de que el Espíritu Santo estaba presente en abundancia en su ministerio. El contenido de su mensaje era más importante para él que su manera de predicar, y éste es el segundo punto que ahora hemos de considerar. Las citas anteriormente dadas son, no sólo incompletas, sino que por sí mismas podrían aun ser causa de engaño. El solemne sentido de la responsabilidad no era el móvil impulsor de su predicación; estaba constreñido por algo superior al llamamiento del deber; amaba proclamar «la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». Cristo era el «tema glorioso, intensamente absorbente» del ministerio de Spurgeon, y ese Nombre convertía sus fatigas sobre el púlpito en un "baño en la aguas del Paraíso". Es bien conocida la historia de cómo un obrero desapercibido fue despertado espiritualmente por un texto que Spurgeon pronunció en el vacío Palacio de Cristal, cuando estaba probando la acústica como preparación de un culto; pero el versículo que Spurgeon pronunció no es parte incidental del cuadro. Cuando, según creía, no había congregación ni oyentes, las palabras que más sentía y naturalmente vinieron a sus labios, fueron: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." ¿Es, pues, sorprendente que repasando los títulos de sus sermones en 1856 y 1857 encontremos este nombre constantemente repetido: "Cristo en los Negocios de Su Padre"; «Cristo, Poder y Sabiduría de Dios»; "Cristo Levantado"; «La Condescendencia de Cristo»; «Cristo Nuestra Pascua»; "Cristo Ensalzado"; "El Ensalzamiento de Cristo"; "Cristo en el Pacto" Examinemos por un momento uno de tales sermones, titulado "El Nombre Eterno", y predicado a principios de 1855, cuando tenía veinte años. En el curso de ese sermón describe lo que sería del mundo si el nombre de Jesús pudiera ser eliminado del mismo, e incapaz de refrenar sus propios sentimientos exclamó: "Sin mi Señor, no tendría el menor deseo de estar aquí; y si el Evangelio no fuera cierto, bendeciría a Dios por aniquilarme en este mismo instante, pues no desearía vivir si vosotros pudierais destruir el nombre de Jesús". Muchos años después, la señora Spurgeon recordaba este mismo sermón, y describía del modo siguiente su final, cuando la voz de Spurgeon casi se estaba extinguiendo a causa del agotamiento físico:

«Recuerdo, con extraña vividez después de tanto tiempo, la noche del domingo en que predicó del texto: «Será su Nombre para siempre». Era un tema en el que se gozaba extremadamente; su principal deleite era ensalzar a su glorioso Salvador, y en aquel discurso parecía estar vertiendo su mismísima alma y vida en homenaje y adoración ante su misericordioso Rey. ¡Y yo creí de veras que habría muerto allí, frente a todas aquellas gentes! Al final del sermón, hizo un poderoso esfuerzo para recuperar la voz; pero la pronunciación casi le fallaba, y sólo pudo oírse con acento entrecortado la conmovedora oración: «¡Perezca mi nombre, pero sea para siempre el Nombre de Cristo! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Coronadle Señor de todos! No me oiréis decir nada más. Éstas son mis últimas palabras en Exeter Hall por esta vez. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Coronadle Señor de todos!» y entonces se desplomó, casi desmayado, en la silla que había tras él".

¿Existe mayor evidencia que ésta de la presencia del Espíritu Santo en el ministerio de un hombre? Si la hay, quizá sea aquella conciencia, desconocida de todos excepto del predicador, de la propia presencia de Cristo acompañándole mientras habla: "Apenas es posible que un hombre, más acá de la tumba, pueda estar más cerca del cielo que cuando goza de esto" escribe Spurgeon, y había ocasiones en que podía testificar: «He discernido la presencia especial de mi Señor acompañándome, por medio de una experiencia tan segura como aquella por la cual sé que vivo. Jesús me ha sido tan real, acompañándome en este púlpito, como si yo le hubiera contemplado con mis ojos."

No podemos abandonar el tema del ministerio de Spurgeon sin dar un ejemplo de cómo predicaba a Cristo para toda clase de oyentes, y a Cristo como necesidad única de todos los corazones: "Recuerda, pecador, que no es el hecho de que tú tengas a Cristo el que te salva: es Cristo; no es tu gozo en Cristo el que te salva: es Cristo; ni siquiera es la fe en Cristo, aunque sea el instrumento: es la sangre y los méritos de Cristo; por lo tanto, no mires a tu fe, sino a Cristo, autor y consumidor de tu fe; y si haces esto, ni diez mil diablos podrán derribarte. Hay una cosa que todos nosotros confiamos demasiado en nuestra predicación, aunque creemos hacerlo del todo sin intención, a saber, la gran verdad de que no es la oración, no es la fe, no son nuestros actos, no son nuestros sentimientos aquello en que hemos de descansar, sino en Cristo, y en Cristo solo. Somos propensos a pensar que no estarnos en un estado apropiado, que no sentimos con suficiente intensidad, en vez de recordar que lo que importa no es uno mismo, sino Cristo. Permíteme que te lo suplique: mira sólo a Cristo; nunca esperes ser liberado por el yo, por los ministros o por cualquier medio, sea de la clase que sea, aparte de Cristo; no le pierdas de vista; que su muerte, sus agonías, sus quejidos, sus sufrimientos, sus méritos, sus glorias, su intercesión estén frescos en tu mente; cuando despiertes por la mañana, búscale; cuando te acuestes por la noche, búscale".

Este era el espíritu y el mensaje de C. H. Spurgeon a la edad de veintidós años, y cuando nos disponemos a dejar este aspecto de su ministerio, ¿quién no cree que hoy necesitamos conocer de nuevo el significado de ser constreñidos por el amor de Cristo? Una conocida estrofa expresaba la oración de Spurgeon; hagamos nuestras sus palabras:

Muy mísero Señor sería,
Sí no tuviera amor por Ti;
¡Poder morir antes quisiera,
Que ver mi amor
no puesto en Ti.

Hasta aquí hemos procurado recuperar la imagen de Spurgeon tal como era en los días de su ministerio en New Park Street. El retrato que nos ha quedado no es el de un jovial fenómeno del púlpito sobre el cual los hombres derrochaban alabanzas, sino muy al contrario, un joven cuya llegada en medio de la vida religiosa, tan sedante y soñolienta, de Londres, fue casi tan mal recibida como los cañones rusos que por entonces tronaban en la lejana Crimea. Estos hechos nos producen cierto sobresalto, pues más o menos hemos estado acostumbrados a mirar a Spurgeon como un benigno abuelo del evangelicismo moderno. Cuando el avivamiento de 1855 y años siguientes sacudió a Southwark de su modorra espiritual, el nombre del pastor de New Park Street era símbolo de reproche, y, los golpes le llovían desde todas direcciones, desde entonces el nombre ha sido convertido en símbolo de la respetabilidad evangélica, y tendemos a consolarnos, en medio del predominante abandono de los principios evangélicos, con el pensamiento de que el mundo religioso recuerda aún un poco a un hombre de nuestra misma posición, cuya influencia no hace muchos años abarcó el globo entero. Sin embargo, cuando recordamos el verdadero carácter de su ministerio, nuestro consuelo se evapora pronto, pues nos enfrentamos con la pregunta, no de cuánto admiramos a Spurgeon, sino de qué es lo que un hombre como éste pensaría de nosotros.

Hay, buenas razones para suponer que con frecuencia hemos recordado lo que no debíamos acerca de Spurgeon. Le recordamos como personalidad; le hemos olvidado como reformador enviado por Dios. Todos conocen cómo reía, pero ¿quién recuerda cómo lloraba?

Recordamos que era un gran bautista, somos ignorantes de cómo acusó a los bautistas, y a otros no-conformistas por igual, de traicionar a Cristo. Su éxito como evangelista suele ser evocado; y se olvida la teología que lo sustentaba. Conocemos anécdotas que muestran sus muchas capacidades, pero ¡cuán poco sabemos de la medida del Espíritu Santo con la que estaba dotado! Recordamos a Spurgeon como hombre entre los hombres, pero hemos olvidado en gran parte que estaba en las manos de Dios. Cuando nos acercamos al verdadero Spurgeon, olvidamos nuestros homenajes y somos redargüidos.

HIPERCALVINISMO

Uno de los primeros ataques que sufrió el ministerio de Spurgeon después de su llegada a Londres, provenía de un sector de la comunidad bautista que en aquella época podía describirse como "hipercalvinista". Esta etiqueta no es de las que Spurgeon gustaba de usar, pues consideraba el empleo del nombre del gran reformador como totalmente erróneo: 'Podrán llamarse calvinistas; pero, a diferencia del reformador cuyo nombre adoptan, traen un sistema de teología a la Biblia con objeto de interpretarla, en vez de hacer que todo sistema, sean cuales fueren sus méritos, ceda el paso a la Palabra de Dios pura y sin adulteración'. En enero de 1855, en el número correspondiente de *The Earthen Vessel* (El Vaso de Barro), un escritor anónimo de esta escuela ponía en tela de juicio la posición de Spurgeon y su llamamiento al ministerio. La fraseología poco tradicional de Spurgeon, las multitudes que le seguían, sus invitaciones y exhortaciones generales a todos los oyentes a arrepentirse y creer el Evangelio, y la "amplitud" de su teología, eran motivos de sospecha. No era suficientemente estricto, ni bastante discriminador según este crítico que se lamentaba diciendo: "Spurgeon predica todas las doctrinas y ninguna doctrina; todas las experiencias, y por consiguiente ninguna experiencia".

Por una razón que más tarde se verá, el joven predicador no se ocupó en enfrentarse con este ataque; no obstante, a veces si hizo pausa, en el transcurso del sermón, para tratar los puntos de vista de los hipercalvinistas. Sus reflexiones son ocasionalmente semi humorísticas, como la siguiente:

¿No es cierto que hay muchos buenos hermanos «hiper» que tienen pleno conocimiento de las doctrinas de la gracia, pero que, cuando están leyendo la Biblia, un día hallan un texto que parece bastante amplio y general, y dicen: «No puede ser que esto signifique lo que dice; tengo que adaptarlo hasta que encaje con lo que dice el comentario del doctor Gill»?". Con mayor frecuencia se ocupa mas a fondo de los principios que llevan a este tipo de prácticas, pues el hipercalvinismo no sólo causa desequilibrio personal, sino, lo que es más grave, impide la plena predicación del Evangelio. «No creo .., declara en el curso de un sermón sobre el buen samaritano, "en la manera en que algunos pretenden predicar el Evangelio. No tienen un evangelio para los pecadores como pecadores, sino solamente para los que están por encima del nivel de la pecaminosidad, y son técnicamente denominados pecadores conscientes?.

Es preciso que interrumbamos esta cita por un momento para aclarar esta terminología. El hipercalvinismo, en su tentativa de hacer que todas las verdades del Evangelio cuadren con el divino propósito de salvar a los elegidos, niega que haya un mandato universal para arrepentirse y creer, y afirma que sólo estamos justificados en invitar a ir a Cristo a los que son conscientes

de la experiencia de pecado y necesidad. En otras palabras, las exhortaciones del Evangelio han de ser dirigidas a los que han sido espiritualmente despertados a buscar un Salvador y no a los que están en la muerte de la incredulidad y la indiferencia. De esta manera se ha inventado un sistema para limitar el Evangelio a aquellos en los que hay razones para suponer que son elegidos. *"A semejanza del sacerdote de la parábola, continúa Spurgeon, "ven al pobre pecador y dicen: «No es consciente de su necesidad, no podemos invitarle a venir a Cristo». «Está muerto», dicen, «es inútil predicar a las almas muertas»; de modo que pasan por el otro lado, siempre cerca de los elegidos y los resucitados, pero sin tener nada que decir a los muertos, por temor a presentar a Cristo demasiado lleno de gracia, y a su misericordia demasiado libre. He sabido de ministros que dicen: «Pues sepa usted que deberíamos presentar el estado del pecador, y advertirle, pero no debemos invitarle a venir a Cristo». Si, tenéis que pasar por el otro lado, después de haberle mirado, vuestra propia confesión es que no tenéis buenas nuevas para el pobre infeliz. Bendigo a mi Señor y Maestro por haberme dado un Evangelio que puedo llevar a los pecadores muertos, un Evangelio para el más vil de los viles".*

Spurgeon hacía énfasis en esta cuestión porque se daba cuenta de que si la justificación del pecador para recibir el Evangelio depende de algún mérito o sentimiento personal, los inconversos, como tales, no tienen el deber inmediato de creer en Cristo, y pueden llegar a la conclusión de que, por no sentir penitencia ni necesidad, el mandamiento de creer en el Hijo de Dios no va destinado a ellos. Por otra parte, si la justificación depende, no de algo que haya en el pecador, sino exclusivamente del mandamiento y las invitaciones de Dios, tenemos un mensaje para toda criatura bajo los cielos. Spurgeon no creía que el hecho de la elección tuviese que ocultarse a los inconversos, pero sostenía que el hipercalvinismo, al desviar la atención de los hombres del centro de la fe personal en Cristo, había deformado el énfasis del Nuevo Testamento y fomentado la complacencia en los incrédulos. Había alegado que, debido a que la fe es realizada en el hombre por el poder del Espíritu de Dios, no podemos mandar a los hombres que crean, pero, al adoptar esta actitud, pasaba por alto el hecho innegable de que la Escritura nos presenta siempre la incredulidad como pecado por el cual somos responsables. "Si no hubieseis caído vendríais a Cristo en el instante en que os fuera predicado; pero no lo hacéis a causa de vuestra pecaminosidad." El hecho de que el hombre no obedezca al Evangelio, en lugar de ser excusable, es la mayor expresión de la depravación humana.

De todo ello se desprende que el hipercalvinismo es más que una mera desviación teórica del Evangelio, Y Spurgeon habló enérgicamente porque sabía por experiencia que reduce a las iglesias a la inactividad o incluso a la parálisis completa. "He conocido algunos hermanos que trataban de leer la Biblia al revés. Decían «Dios tiene un propósito que se cumplirá sin duda alguna, por lo tanto, no nos moveremos ni un palmo. Toda potestad está en manos de Cristo, por lo tanto, nos estaremos quietos»; pero no es así como Cristo lee esta porción. Dice: «Toda potestad me es dada, por consiguiente, id vosotros, y haced algo»". "Los holgazanes de nuestras iglesias ortodoxas claman: «Dios hará su propia obra»; y luego buscan la almohada más blanda que pueden encontrar, la ponen debajo de su cabeza, y dicen: «Los propósitos eternos se llevarán a cabo: Dios será glorificado». Todo esto es un hermoso discurso para pronunciarlo, pero puede usarse con los designios más malévolos. Con él podéis fabricar opio, que os sumirá en profundo y temible sueño, e impedirá que seáis útiles".

A ojos de Spurgeon, el hipercalvinismo tenía su punto más defectuoso en no llegar a caracterizarse por el celo en favor del evangelismo militante y de alcance mundial. Aunque sabía que no pocos de los cristianos de esta línea eran mejores que el credo que defendían, veía claramente que tanto las evidencias teológicas como las históricas indicaban que la influencia de estas enseñanzas nunca fomentó la obra misionera fervorosa. Si el Evangelio es tan sólo para pecadores conscientes, ¿cómo puede la Iglesia actuar bajo la compulsión del mandato "Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura"? Si el creer pertenece solamente al penitente, no pertenece a todos los hombres en todas partes, pero las multitudes de la tierra no están en tal condición: "Me gustaría llevar a uno de los que sólo predicán a pecadores conscientes, e instalarlo en la capital del reino de Dahomey. ¡Allí no hay pecadores conscientes! Miradles, con la boca manchada de sangre humana, con el cuerpo embadurnado de la sangre de sus víctimas inmoladas; ¿Como encontrará méritos allí el predicador? No sé lo que podría decir, pero sé cuál sería mi mensaje. Mis palabras serían éstas: «Varones y hermanos: Dios, que hizo el cielo y la tierra, ha enviado a su Hijo Jesucristo al mundo a padecer por nuestros pecados, y quienquiera que en Él crea no perecerá, mas tiene vida eterna»".

«Llegó el día", dice en otro sermón, en que la sola idea de enviar el Evangelio a los paganos era considerada por nuestros hermanos ortodoxos como quijotismo, algo que no debe ni intentarse, y aún ahora, si decís: «El mundo entero para Jesús», abren los ojos y dicen: «Ah, nos tememos que está usted contagiado de redención universal, o que se está pasando al campo arminiano.» Que Dios conceda a estos amados hermanos nuevo corazón y espíritu apropiado; actualmente su corazón es demasiado pequeño para darle mucha gloria. Ojalá tengan corazones mayores, corazones como el de su Señor, y que les sea dada gracia para apreciar más la sangre preciosa, pues nuestro Señor no murió para comprar unos cuantos centenares de almas, o para redimir para sí un puñado de personas; derramó su sangre para una multitud que nadie puede contar, y sus elegidos serán más numerosos que las arenas de la mar".

Lo que hemos citado es de vital importancia por las razones siguientes: En primer lugar, indica que hay una diferencia efectiva entre el calvinismo bíblico y el hipercalvinismo. Este último término se usa a veces como si fuese simplemente una formulación más enérgica de las doctrinas de la Escritura, algo que está más allá de la posición "moderada", pero éste es un concepto erróneo, pues tal sistema se desvía gravemente de las Escrituras y no llega a alcanzar las exigencias bíblicas. Otro uso erróneo del término, que encontramos aún más a menudo, es el uso de la etiqueta "hiper" o "ultra" calvinista aplicada a los que, de hecho, se oponen al hipercalvinismo. Ignorando las distintas diferencias teológicas que separan el hipercalvinismo de la fe de los reformadores y los puritanos, y desconociendo sus diferentes orígenes históricos, los críticos usan la frase como si fuera la más adecuada para describir a cualquiera de los que se oponen fervorosamente a los preceptos del Arminianismo, Pero, si bien esto puede ser una manera fácil de marcar a los "extremistas", revela la confusión espiritual de los que así obran. Spurgeon, sin embargo, tuvo que soportar frecuentemente este trato, y hoy día ocurre otro tanto.

LA GRAN CONTROVERSA

Si el lector se atiene a las biografías de Spurgeon publicadas en el siglo XX, no le sería difícil hallar referencias a la oposición del predicador a la escuela de los "hiper». J. C. Carlile, por ejemplo, dice: "Naturalmente, la teología de Spurgeon le llevó a menudo a la controversia", e inmediatamente procede a mencionar la controversia que antes hemos bosquejado. Se nos deja con la impresión de que Spurgeon era exactamente como nosotros: opuesto a los extremos; y se nos confirma en esta impresión cuando se nos dice, por parte de W. Y. Fullerton, que "se separó de la escuela especialmente austera".

Desde luego que se nos declara vagamente el calvinismo de Spurgeon, pero Carlile añade que las "rígidas verdades de la fe calvinista eran sostenidas prácticamente por todos los protestantes. De modo que, con tales garantías, se permite que confiadamente supongamos que el contenido doctrinal de la predicación de Spurgeon no causó grandes conmociones en el mundo religioso de su tiempo. Esto es completamente engañoso. De hecho, los biógrafos del siglo XX han pasado por alto completamente la más importante controversia de su ministerio inicial; no hay ni siquiera un atisbo de la palabra que resuena en los seis volúmenes de los sermones de New Park Street; no puede hallarse en los índices de estas biografías, y lo más asombroso es que, en general, ¡ha desaparecido de la edición Kelvedon de los propios sermones de Spurgeon que se están publicando actualmente! ¿Por qué los evangélicos modernos han de tener tanto cuidado en hacer desaparecer la palabra "Arminianismo?"

Cualquiera que sea el propósito con que se ha hecho, este método de tratar a Spurgeon ha creado de modo efectivo la impresión que de él se tiene hoy día en un amplio sector; pero creemos que esta impresión de la naturaleza de la "posición evangélica" de Spurgeon se desmorona por completo cuando se estudia su Autobiografía y sus sermones sin abreviar. Afortunadamente, este estudio será pronto posible para los que deseen efectuarlo, ya que la primera parte de su Autobiografía se publica ahora nuevamente bajo el título de *The Early Years* y los volúmenes correspondientes al *New Park Street Pulpit* van a seguir pronto. Cuando en 1959 se publicó una pequeña selección de sus sermones, en conmemoración del avivamiento que tuvo lugar un siglo antes, algunos críticos británicos no pudieron evitar expresar su impresión de que los sermones hablan sido "escogidos expresamente" con la tentativa de presentar una posición partidista que en realidad no era propia de Spurgeon, y cuando los mismos sermones fueron traducidos por un ministro español, ¡los bautistas de aquel país pusieron en tela de juicio la veracidad de la traducción! Podemos sonreír al escuchar la historia del colegial de la época victoriana que creía que Spurgeon era el Primer Ministro de Inglaterra, pero en nuestro tiempo circulan ideas igualmente absurdas en cuanto a la clase de hombre que realmente fue.

Al desarrollar estos conceptos es preciso primeramente demostrar que el punto de vista doctrinal que predominaba en los años desde 1850 a 1860 no era calvinista, como afirma Carlile, sino al contrario, Arminiano, y fue principalmente debido a que Spurgeon estaba en contra de ello que su llegada a Londres fue mirada tan desfavorablemente por el mundo religioso. Los encuentros de Spurgeon con el hipercalvinismo fueron meras escaramuzas comparados con la batalla que tuvo que librar en un frente muy distinto y mucho más amplio; consideraba que el hipercalvinismo era defendido tan sólo por un grupo de influencia comparativamente pequeña y desperdigada, dentro de la denominación bautista, mientras que miraba al Arminianismo como el

error que estaba influyendo en todo el sector no conformista, así como dentro de la Iglesia de Inglaterra. Por consiguiente, dedicó mucho más tiempo y energía a este último, y lo correcto de su enjuiciamiento de tal posición se demuestra por el empuje de la oposición que pronto encontró.

Los pocos períodos religiosos que favorecían al hipercalvinismo no podrían haber causado jamás la tormenta que rugió en torno al ministerio de Spurgeon en sus años iniciales. ¡Los periódicos en general, tanto los religiosos como los seculares, estaban en realidad tan lejos del hipercalvinismo que ni sabían siquiera que Spurgeon fuese combatido por los hipercalvinistas!

Unas breves citas sacadas de una variada selección de periódicos mostrarán pronto que la posición doctrinal de Spurgeon era su principal falta a ojos de sus contemporáneos: The Bucks Chronicle le acusaba de hacer del hipercalvinismo requisito esencial para entrar en el cielo; The Freeman deploraba que denunciase a los Arminianos "en casi todos los sermones"; The Christian News asimismo condenaba sus "doctrinas de tan fiero exclusivismo" y su oposición al arminianismo; y The Saturday Review se dolía de lo profano de que predicase la redención limitada en salas saturadas de olor a tabaco."

Quizá The Patriot, periódico no conformista, recopiló mejor que ninguno, en las líneas que a continuación reproducimos, el porqué todos se sentían tan agraviados por el joven predicador:

«Todos, por turno, vienen a ser objeto de los azotes del precoz principiante. Sólo él es un calvinista consecuente; los demás son Arminianos rematados, antinomianos licenciosos, o creyentes nominales en las doctrinas de la gracia. La preparación universitaria no hace otra cosa que enajenar las simpatías de los jóvenes alejándolos del pueblo; y «en realidad, los labradores constituirían predicadores mucho mejores.» «La religión, que en nuestra época es esclava del siglo, es lo único que suele exhibirse en las salas evangélicas.» «¡Cuántos predicadores piadosos hay el domingo que han sido predicadores muy impíos durante el resto de la semana!» «Nunca oye» a sus hermanos ministros «establecer la satisfacción y sustitución positivas de nuestro Señor Jesucristo.» Estos pescadores de hombres «se han pasado la vida entera pescando con elegantísimas cañas provistas de anzuelos de oro y plata, pero a pesar de ello, los peces no han querido morder; mientras que nosotros, los menos elegantes», añade el vanidoso censor, «hemos colocado el anzuelo en las bocas de centenares.» Aun «más duro», si cabe, es el trato que el señor Spurgeon da a los teólogos que no pertenecen a su propia escuela especial. «Las perversiones arminianas, en particular, han de volver a hundirse en el pozo donde nacieron.» Su concepto de la posibilidad de una caída final de la gracia es «la falsedad más impía de la tierra»»

Estas citas están coloreadas por el enojo de los escritores, pero todas coinciden en dos acusaciones, a saber: que la doctrina de Spurgeon no era la que caracterizaba al protestantismo contemporáneo, y que él se opuso abierta y repetidamente al Arminianismo. En vez de declararse inocente de estas acusaciones, Spurgeon las aceptó prontamente. Su punto de vista en cuanto a la situación religiosa era que la Iglesia estaba siendo tentada "por el Arminianismo al por mayor", y que su necesidad primordial no era simplemente más evangelismo, ni siquiera más santidad (en primer lugar), sino el retorno a la plena verdad de las doctrinas de la gracia, a las que, para concretar, estaba dispuesto a llamar calvinismo. Es evidente que Spurgeon no se consideraba a sí mismo simplemente como evangelista, sino también como reformador cuyo deber era "dar más prominencia en el mundo religioso a las antiguas doctrinas del Evangelio"... . 'La antigua verdad que Calvino predicó, que Agustín predicó, que Pablo predicó, es la verdad que debo predicar

hoy, o de lo contrario sería infiel a mi conciencia y a mi Dios. No puedo ser yo el que dé forma a la verdad; ignoro lo que es suavizar las aristas y salientes de una doctrina. El evangelio de Juan Knox es el mío. El que tronó en Escocia ha de tronar de nuevo en Inglaterra". Estas palabras, que colocó al principio del capítulo titulado Defensa del Calvinismo en su Autobiografía, nos llevan de nuevo al centro de su ministerio en New Park Street; hay en este hombre un celo reformador y un fuego profético que, si bien despertó a algunos, excitó a otros a la ira y la hostilidad. Spurgeon habló como hombre convencido de que conocía la razón de la ineficacia de la Iglesia, y aunque tuviera que ser la única voz, no callaría:

"Ha surgido en la Iglesia de Cristo la idea de que en la Biblia se enseñan muchas cosas que no son esenciales; que podemos alterarlas un poquito para facilitar las cosas; que con tal que andemos rectamente en lo fundamental, lo demás no es importante... Mas esto sabed: la menor violación de la ley divina traerá juicios sobre la Iglesia, y ha traído juicios, y en este mismo día está impidiendo que la mano de Dios nos bendiga... La Biblia, toda la Biblia, y nada más que la Biblia, es la religión de la Iglesia de Cristo. Y hasta que a esto volvamos, la Iglesia habrá de sufrir...

«¡Ah, cuántos ha habido que dijeron: «Los antiguos principios puritanos son demasiado duros para estos tiempos; los alteraremos, los manipularemos un poco!»! ¿Qué te propones, insensato? ¿Quién eres tú que te atreves a tocar una sola letra del Libro de Dios al que Dios ha rodeado de trueno, en aquella tremenda sentencia en que ha escrito: «Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitaré de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad.» Cuando pensamos en ello, nos damos cuenta de que es algo terrible que los hombres no se formen un juicio apropiado y correcto acerca de la Palabra de Dios; que el hombre deje un solo punto de ella sin escrutar, un sólo mandato sin estudiar, extraviando así quizás a otros, mientras nosotros mismos actuamos en desobediencia a Dios...

»Nuestras victorias en la Iglesia no han sido como las victorias de tiempos antiguos. ¿Por qué es así? Mi teoría para explicarlo es la siguiente: en primer lugar, el Espíritu Santo ha estado ausente de nosotros en gran medida. Pero si llegáis a la raíz para saber la razón, mi otra respuesta, más completa, es ésta: la Iglesia ha abandonado su pureza original, y por lo tanto, ha perdido el poder. Si hubiese dejado todo lo erróneo; si por la voluntad unánime del cuerpo entero de Cristo se hubiera abandonado toda ceremonia indeseable, toda ceremonia no ordenada en la Escritura; si se rechazara toda doctrina no apoyada por la Sagrada Escritura; si la Iglesia fuese pura y limpia, su senda iría hacia adelante, triunfante victoriosa...

"Esto podrá parecernos de poca importancia, pero en realidad es asunto de vida o muerte. Quisiera suplicar a todo cristiano: Piénsalo bien, amado hermano. Cuando algunos de nosotros predicamos el calvinismo, y algunos el arminianismo, no podemos ambos tener razón, es inútil tratar de pensar que podemos; «Sí», y «No», no pueden ser los dos verdad... La verdad no oscila como el péndulo que marcha atrás y adelante. No es como el cometa, que está aquí, allí, y en todas partes. Es preciso que uno tenga razón y el otro esté equivocado".

Spurgeon no tenía la menor duda de que era este énfasis el que provocaba la intensa oposición a su ministerio: "Se nos culpa de ser hipers; se nos considera la chusma de la creación; apenas hay ministros que nos miren o hablen favorablemente de nosotros, porque defendemos puntos de vista enérgicos en cuanto a la soberanía de Dios, sus divinas elecciones, y su especial amor hacia su pueblo propio". Predicando a su propia congregación en 1860, decía: "No ha habido una iglesia de Dios en Inglaterra en los últimos cincuenta años que haya tenido que pasar

por más pruebas que nosotros... Apenas pasa día en que no caiga sobre mi cabeza el más infame de los insultos, en que la difamación más horrible no sea pronunciada contra mí tanto en privado como en la prensa pública; se emplean todos los medios para derrocar al ministro de Dios, se me lanzan todas las mentiras que el hombre puede inventar... No han frenado nuestra utilidad como iglesia; no han mermado nuestras congregaciones; lo que había de ser tan sólo un espasmo -un entusiasmo que se esperaba duraría solamente una hora, Dios lo ha incrementado día a día; no a causa de mi, sino a causa de aquel Evangelio que predico; no porque hubiese algo en mi, sino porque me presento como exponente del calvinismo sencillo, directo y honrado, y porque procuro hablar la Palabra con sencillez”.

Spurgeon no se sorprendió de la enemistad que se manifestaba contra su proclamación de las doctrinas de la gracia: «Hermanos, en todos los corazones hay esta natural enemistad hacia Dios y hacia la soberanía de su gracia” . "He sabido que hay hombres que se muerden los labios y rechinan los dientes rabiosos cuando he estado predicando sobre la soberanía de Dios... Los doctrinarios de hoy aceptan un Dios, pero no ha de ser Rey, es decir, escogieron un dios que no es dios, y antes siervo que Soberano de los hombres» . "El hecho de que la conversión y la salvación son de Dios, es una verdad humillante. Debido a su carácter humillante, no gusta a los hombres. Esto de que me digan que Dios ha de salvarme si he de ser salvo, y que estoy en sus manos, como la arcilla está en las manos del alfarero, «no me gusta», dice uno. Bien, ya pensé que no te gustaría; ¿quién soñaría siquiera que iba a gustarte?”.

Por otra parte, Spurgeon consideraba el Arminianismo como popular debido a que servía para aproximar más el Evangelio a la forma de pensar del hombre natural; acercaba la enseñanza de la Escritura a la mente mundana. El punto de vista común del cristianismo era aceptado por los hombres simplemente porque no era la enseñanza de Cristo, "Si la religión de Cristo nos hubiera enseñado que el hombre era un ser noble, solo que un poco caído -si la religión de Cristo hubiese enseñado que por su sangre había quitado el pecado de todo hombre, y que todo hombre, por su propio y libre albedrío, sin la gracia divina, podía ser salvo - ciertamente sería una religión muy aceptable para la masa de los hombres”.

El aguijón del comentario de Spurgeon se debía a que esto era precisamente lo que un protestantismo superficial estaba predicando como fe cristiana. Así, al atacar los conceptos mundanos del cristianismo que circulaban, Spurgeon no podía evitar minar también lo que tantos, dentro de la Iglesia, estaban realmente predicando. ¡No es de extrañar que hubiese gran revuelo! Pero Spurgeon no cejó, pues creía que las antiguas verdades eran suficientemente poderosas para trastornar este siglo. En un sermón sobre El Mundo Trastornado, declaró: "Cristo ha trastornado el mundo en lo tocante a nuestros conceptos religiosos. La masa humana cree que si un hombre quiere ser salvo, esta voluntad es todo lo que se precisa. Muchos de nuestros predicadores predicán en efecto esta máxima mundana. Dicen a los hombres que han de predisponerse a si mismos. Ahora bien, oíd cómo el Evangelio trastorna esta idea. «No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia.» El mundo quiere tener también una religión universal; pero ved cómo Cristo derroca esta ambición: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo.» Nos ha escogido de entre los hombres: «Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer»» .

IMPOSIBILIDAD DE LA TRANSIGENCIA

Antes de analizar las consecuencias doctrinales de algunos de los pasajes citados, vale la pena comentar el hecho de que Spurgeon evidentemente consideraba que la diferencia entre el calvinismo y el Arminianismo era algo concreto y detallado, y no meramente una cuestión de "equilibrio" o proporción en la verdad. No entendía por Arminianismo un "énfasis" en la responsabilidad humana, pues predicaba la responsabilidad del hombre tan enérgicamente como el que más. Creía menos aun que una posición bíblica consecuente abarque ambas posiciones; muy al contrario, encontraba difícil tener paciencia cuando se enfrentaba con tal confusión: No creáis, dice, "que es preciso que tengáis errores en vuestra doctrina para hacerlos útiles. Tenemos a algunos que predicán el calvinismo en la primera parte del sermón, y terminan con el Arminianismo, porque creen que esto los hará útiles. ¡Necedades inútiles! Esto es lo que logran. Si un hombre no puede ser útil con la verdad, no puede serlo con el error. Hay suficiente provisión en la doctrina pura de Dios, sin necesidad de introducir herejías, para predicar a los pecadores". El hecho es que en la controversia entre los dos sistemas hay cuestiones doctrinales definidas, y cuando un hombre se enfrenta con estas cuestiones, ha de defender un sistema u otro.

Algunas de estas cuestiones pueden formularse como sigue:

¿Hay un plan eterno de redención por el cual Dios ha determinado salvar, por medio de Cristo, a ciertas personas a quienes El ha escogido?

¿Hace este plan provisión para la concesión gratuita de todo lo necesario para su cumplimiento, o esta SU cumplimiento condicionado por la aceptación del hombre?

Cuando Cristo murió, ¿aseguró infaliblemente la redención de todos aquellos a quienes representó como sustituto?

¿Es cierto que el Espíritu Santo, al regenerar pecadores, lleva a cabo plenamente el propósito del Padre, y aplica sin falta la obra redentora de Cristo?

¿Es posible resistir la obra regeneradora del Espíritu?

¿Llegamos a ser regenerados, o nacidos de nuevo, a causa de nuestra fe y arrepentimiento, o es la fe el efecto y resultado de la regeneración?

Probablemente habrá quien desee poner objeciones a la mera formulación de preguntas como éstas. Los breves artículos doctrinales del evangelicalismo moderno -a diferencia de las confesiones reformadas de los siglos XVI y XVII- nada tienen que decir sobre estas cuestiones; es de presumir que esto es debido a no considerarse ya necesario. La actitud prevaleciente ha sido la de fruncir el ceño ante las proposiciones claras y definidas de la verdad, y luchar por preservar el carácter oscuro e indefinido, como si esto último fuera más espiritual y bíblico, y más adecuado para preservar la unidad. Por consiguiente, no ha de sorprender que en semejante atmósfera de escasa visibilidad espiritual, se haya vulgarizado la idea de que un hombre puede ser al mismo tiempo Arminiano y Calvinista. William Cunningham define la verdadera posición con su acostumbrada exactitud cuando dice que la consideración de todas las discusiones y controversias sobre estos puntos "confirma decididamente la impresión de que hay una clara línea de demarcación entre el principio fundamental de los sistemas de teología agustiniano o calvinista y el Pelagiano o Arminiano; que el verdadero status questionis en la controversia entre estos bandos puede comprobarse fácil y exactamente; que puede sin dificultad llevarse al punto

en que los hombres pueden y deben decir Sí o No, y, según digan una u otra cosa, pueden ser tenidos por calvinistas o Arminianos, y puede llamárseles así con plena justificación" .

No nos proponemos formular las respuestas de Spurgeon a las preguntas antes planteadas (en todo caso las respuestas serán lo suficientemente obvias atendiendo a los pasajes que se van a citar), sino más bien examinar por qué creía que los errores del Arminianismo eran tan perjudiciales para la Iglesia. Sólo partiendo de la Escritura, se puede determinar si tenía razón en su actitud y en atacar el protestantismo contemporáneo como lo hizo; pero ha de ser evidente para todos que éste es un tema de importancia vital para nosotros, ya que afectará esencialmente nuestra opinión del Evangelicalismo en la época actual. Al explorar las razones de la firme posición de Spurgeon frente al Arminianismo, no estamos, pues, excavando simplemente algún antiguo campo de batalla de la antigüedad teológica; el hecho de que la cuestión se preste tanto todavía a la controversia demuestra que tiene mucho que ver con la presente situación de las iglesias.

OPOSICIÓN A LOS ERRORES DE LOS CREYENTES; NO A SUS PERSONAS

No obstante, antes de proseguir, es necesario decir algo sobre el aspecto negativo, para evitar posibles malentendidos. Spurgeon no atacó el Arminianismo porque creyese que aquellos errores significaban que la persona que los defendía no podía ser cristiana; no creía tal cosa. Por el contrario, sostenía que un hombre puede ser Arminiano evangélico, como John Wesley o John Fletcher de Madeley, y vivir "muy por encima del nivel ordinario de los cristianos corrientes" ; sabía que un hombre puede ser fervoroso creyente en la elección, y al mismo tiempo "orgullosos como Lucifer", mientras otros cristianos pueden vivir vidas humildes y útiles sin ver estas verdades: "Lejos esté de mi aun imaginar que Sión no contiene sino cristianos calvinistas dentro de sus muros, o que sólo se salvan los que sostienen nuestras doctrinas." Dicho de otro modo, Spurgeon vio -como nosotros necesitamos ver - que es preciso distinguir entre los errores y las personas. Todos los que están dentro del círculo del amor de Cristo han de estar dentro del círculo de nuestro amor, y contender por la doctrina ignorando esta verdad es romper la unidad de aquella Iglesia que es Su Cuerpo. No obstante, es igualmente evidente que ningún hombre está por encima del hecho de que sus creencias sean examinadas o su predicación, y es deber de los ministros oponerse a los errores aun cuando sean defendidos por creyentes sinceros y piadosos. Spurgeon armonizaba estas dos cosas cuando escribió de John Wesley: «En cuanto a el sólo puedo decir que, si bien detesto muchas de las doctrinas que predicó, para el hombre en si tengo una reverencia no inferior a la de un wesleyano." Resume su posición del modo siguiente: "Al atacar al Arminianismo no sentimos hostilidad alguna hacia los hombres que llevan este nombre, y nos oponemos, no a un grupo de hombres, sino a los conceptos que han abrazado" . En nuestra época tan emocional, se supone en seguida, aun entre evangélicos, que cuando se muestra oposición a los puntos de vista de alguno, esto se refleja sobre su persona entera; pero no debiera ser así y todos deberíamos estar dispuestos a que nuestras opiniones fueran juzgadas por

la Escritura sin considerarlo una afrenta personal. Más tarde tendremos ocasión de citar pasajes de uno de los evangélicos contemporáneos más conocidos, con quien no podemos estar de acuerdo; esperamos que esto no será interpretado como expresión de mala voluntad, pues es sencillamente un llamamiento a principios en los cuales es preciso que todos los evangélicos estén de acuerdo, a saber, que toda enseñanza ha de ser examinada a la luz de la Palabra de Dios, y que cualquier controversia es beneficiosa si sirve para aclarar la verdad bíblica. Con demasiada frecuencia la Iglesia del siglo XX ha sucumbido a la tentación (de la cual Spurgeon habló hace un siglo) de condenar toda controversia como "espíritu partidista" y sectario. Hablando de la "incalculable utilidad de la controversia para despertar la natural letárgica de la Iglesia", decía Spurgeon: «Me glorío en aquello contra lo cual hoy día tanto se habla: el sectarismo. Lo encuentro aplicado a toda clase de cristianos; no importa cuales sean sus puntos de vista; si un hombre es fervoroso, es sectario. Deseo que el sectarismo triunfe; que viva y florezca. Cuando esto no ocurra, adiós al poder de la piedad. Cuando cada uno de nosotros cese de sostener el propio punto de vista, y de defender aquellas opiniones de modo firme y esforzado, la verdad huirá de nuestra nación, y sólo el error .reinará”.

Para Spurgeon era evidente, no sólo por las Escrituras, sino también por su propia experiencia, que un hombre (o un niño) puede llegar a ser creyente con muy pocos conocimientos además del hecho de que el Hijo de Dios llevó sus pecados en Su cuerpo sobre el madero. Lo que le trajo a la fe, o lo que llevó a Cristo al Calvario, podrá no saberlo entonces -"no sabíamos si Dios nos había convertido o si nos habíamos convertido nosotros». Sobre este punto nos da su propio testimonio: "Recuerdo que, cuando fui convertido a Dios, yo era Arminiano de pies a cabeza... A veces solía sentarme y pensar: «He buscado al Señor cuatro años antes de encontrarle»“. En otro sermón, predicado veintiocho años después del que acabamos de citar, dice: "He conocido a algunos que, al principio de su conversión, no han visto muy claro el Evangelio, y han llegado a ser evangélicos por el descubrimiento de su propia necesidad de misericordia. No sabían ni deletrear la palabra «gracia». Empezaban con la G, pero proseguían con la L, hasta que todo sonaba muy parecido a «libre albedrío» antes de haber terminado. Mas después de haber aprendido cuál era su flaqueza, después de haber caído en faltas graves, y haber sido restaurados por Dios, o después de haber pasado por profundas depresiones mentales, han cantado canción nueva. En la escuela del arrepentimiento han aprendido a deletrear bien. Empezaban a escribir la palabra «libre», pero de ella pasaron, no a «albedrío», sino a «gracia», y, así quedó la cosa en mayúsculas: «LIBRE GRACIA»... Su teología se aclaró, y fueron más fieles que nunca lo habían sido antes”.

Reconociendo, pues, que doctrina errónea no implica necesariamente experiencia falsa, o descristianización de los verdaderos creyentes, volvemos a la pregunta: ¿Por qué se opuso Spurgeon tan resueltamente al Arminianismo? Si los hombres pueden ser traídos a Cristo a través de una predicación que no sea netamente calvinista, y si pueden ser santos sin comprender claramente estas doctrinas, ¿vale la pena que este tema perturbe jamás la paz de la Iglesia? ¿Tiene razón el evangelicismo, después de todo, al relegar todas estas cosas al limbo, y al considerar el Arminianismo como una especie de fantasma teológico, que quizá haya vivido en otros tiempos, y acaso a veces aún se aparezca, pero que ningún cristiano sensato debe malgastar el tiempo en contender acerca de él? O bien, usando la distinción popular, ¿no estamos en peligro de confundir lo esencial con lo no esencial si damos prominencia a estas cuestiones? Veamos cómo Spurgeon justifica su posición.

EL ARMINIANISMO Y LA UNIDAD DE LA PALABRA DE DIOS

En primer lugar, Spurgeon sostenía que el Arminianismo no afecta meramente a unas cuantas doctrinas que puedan separarse del Evangelio, sino que abarca la unidad entera de la salvación bíblica, y afecta a nuestro punto de vista sobre el plan entero de la redención casi en todos sus puntos. Consideraba que la ignorancia del contenido total del Evangelio era la causa principal del Arminianismo,(1) y que los errores de aquel sistema impiden entonces a los hombres captar toda la unidad divina de las verdades bíblicas y percibir las en sus verdaderas relaciones y debido orden. El Arminianismo trunca la Escritura y milita contra la plenitud de visión que se precisa para que Dios sea glorificado, Cristo exaltado y el creyente corroborado en estabilidad. Cualquier cosa que así incline a los cristianos a conformarse con menos que esta plenitud de visión es por consiguiente asunto grave al que es preciso oponerse: «Quisiera que estudiarais asiduamente la Palabra de Dios hasta que alcancéis una idea clara de todo el plan desde la elección hasta la perseverancia final, de la perseverancia final a la segunda venida, la resurrección y las glorias que han de seguirla, por los siglos sin fin". Spurgeon no se cansaba jamás de introducir, en sus sermones, sumarios de la anchura y la inmensidad del plan de salvación de Dios, y al mismo tiempo de la gloriosa unidad de todas sus partes. Damos a continuación un ejemplo típico, sacado de un sermón sobre Gálatas 1:15, titulado Agradó a Dios.

«Creo que en estas palabras percibiréis que el divino plan de la salvación está presentado muy claramente. Como veis, empieza en la voluntad y el agrado de Dios: «Cuando agradó a Dios». El fundamento de la salvación no está en la voluntad del hombre. No empieza con la obediencia del hombre, prosiguiendo entonces hacia el propósito de Dios; sino que aquí está su comienzo, aquí está el manantial del cual manan las aguas vivas: «Agradó a Dios». Después de la voluntad soberana y la buena voluntad de Dios viene el acto de la separación, comúnmente conocido con el nombre de elección. En el texto se nos dice que este acto tiene lugar aun en el seno materno, con lo cual se nos enseña que tuvo lugar antes de nuestro nacimiento, cuando aún no podíamos haber hecho nada en absoluto para conquistarlo o merecerlo. Dios nos apartó desde la parte y el momento más iniciales de nuestro ser; y ciertamente, mucho antes que esto, cuando aún no habían sido formadas las montañas y las colinas, y los océanos no habían sido hechos por su poder creador, Él, en su propósito eterno, nos había apartado para Sí. Luego, después de este acto de separación, vino el llamamiento eficaz: «y me llamó por su gracia». El llamamiento no causa la elección; sino que la elección, brotando del propósito divino, causa el llamamiento. El llamamiento viene como consecuencia del propósito divino y la elección divina, y observaréis cómo la obediencia sigue al llamamiento. De modo que el proceso es así: primeramente el propósito sagrado y soberano de Dios; luego la elección o separación neta y definida; a continuación el llamamiento efectivo e irresistible; y después la obediencia para vida, y los deleitosos frutos del Espíritu que de ella brotan. Yerran, ignorando las Escrituras, los que colocan cualquiera de estos procesos antes que los demás, apartándose del orden en que los da la

¹ "Creo que gran parte del arminianismo en boga es simplemente ignorancia de las doctrinas del Evangelio." XI

Escritura. Los que colocan en primer lugar la voluntad del hombre, no saben lo que dicen, ni conocen lo que afirman". De modo que el arminianismo es culpable de confundir las doctrinas y de actuar como obstrucción en el entendimiento claro y lúcido de la Escritura; por tergiversar o ignorar el propósito eterno de Dios, disloca el significado de todo el plan de la redención. Ciertamente, la confusión es inevitable aparte de esta verdad fundamental:

"Sin ella falta la unidad de pensamiento, y hablando generalmente no tienen la menor idea de un sistema de teología. Es casi imposible hacer teólogo a un hombre, así nos parece, meter a un joven creyente en una escuela teológica durante años; pero a menos que le mostréis este plan básico del pacto eterno, hará pocos progresos, porque sus estudios carecen de coherencia, no ve cómo una verdad encaja con la otra, y cómo todas las verdades han de armonizar juntas. En cambio, permitidle tener una idea clara de que la salvación es por gracia; que descubra la diferencia entre el pacto de las obras y el pacto de la gracia; que entienda claramente el significado de la elección, al mostrar el propósito de Dios, y su relación con otras doctrinas que demuestran la perfección de aquel propósito, y desde aquel momento está en buen camino para llegar a ser un creyente instructivo. Siempre estará preparado para presentar, con mansedumbre y reverencia, razón de la esperanza que hay en él. Las pruebas son palpables. Tomad cualquier condado de Inglaterra, y descubriréis hombres pobres, plantando setos y cavando, que tienen mejor conocimiento de la teología que la mitad de aquellos que proceden de nuestras academias y universidades, por la única y simple razón de que estos hombres, en su juventud, han aprendido ante todo el sistema del cual la elección es el centro, y luego han hallado que su propia experiencia cuadraba exactamente con él. Sobre aquel buen fundamento han edificado un templo de conocimientos santos, que han hecho de ellos padres en la Iglesia de Dios. Todos los demás planes no sirven para edificar, no son sino madera, heno y hojarasca. Colocad sobre ellos lo que queráis, y caerán. No tienen sistema de arquitectura; no pertenecen a ningún orden de razón ni de revelación. Un sistema descoyuntado hace que su piedra superior sea mayor que su fundamento; hace que una parte del pacto esté en desacuerdo con otra; hace que el cuerpo místico de Cristo no tenga ninguna forma en absoluto; da a Cristo una esposa a quien Él no conoce ni escoge, y la coloca en el mundo para ser unida a cualquiera que le acepte; pero Él no puede escoger en lo más mínimo. Esto estropea todas las figuras que se usan con referencia a Cristo y su Iglesia. El plan excelente y antiguo de la doctrina de la gracia es un sistema que, una vez recibido pocas veces es abandonado; cuando se aprende apropiadamente, moldea los pensamientos del corazón, e imprime un sello sagrado sobre el carácter de los que ya han descubierto su poder".

Se ha dicho con frecuencia que el calvinismo no tiene mensaje evangelístico cuando se trata de predicar la Cruz, debido a que no puede decir que Cristo murió por los pecados de todos los hombres en todas partes. Pero la expiación era el centro de toda la predicación de Spurgeon, y lejos de pensar que para el evangelismo es indispensable una expiación universal, sostenía que si la posición arminiana fuese verdadera, no habría una redención real que predicar, ya que el mensaje del Evangelio quedaría sumido en la confusión. Creía que una vez los predicadores cesan de colocar la Cruz en el contexto del plan de la salvación, y ya no se ve que la sangre derramada es "la sangre del pacto eterno", ya no es solamente el alcance de la expiación lo que está en tela de juicio, sino su mismísima naturaleza. Por otra parte, si sostenemos, como hace la Biblia, que el Calvario es el cumplimiento de aquel gran plan de la gracia en que el Hijo de Dios llegó a ser el Representante y Cabeza de los que fueron amados por el Padre antes de la fundación del mundo (Efesios 1), entonces, y de una sola vez, quedan establecidos la naturaleza y el alcance de la expiación. El hecho de que Su muerte fue de naturaleza sustitutiva (llevando

Cristo el castigo de los pecados de otros), y que fue padecida a favor de aquellos con los cuales Él estaba relacionado por el pacto de gracia, son dos verdades que están esencialmente conectadas. (2)

Contra tales personas, declara la Escritura, no es posible presentar acusación de pecado, y el don de Cristo a ellos deja fuera de duda el hecho de que Dios les dará juntamente con Él todas las cosas gratuitamente (Romanos 8:32-33).

Así debe ser, pues la expiación significa, no solamente que se ha provisto salvación del pecado en cuanto afecta a la naturaleza humana (la servidumbre y la contaminación del pecado), sino, lo que es más maravilloso, salvación del pecado en cuanto nos hace culpables y nos condena a ojos de Dios. Cristo ha cargado con la condenación divina, condenación que carece de sentido a menos que sostengamos que era el juicio a causa de los pecados de las personas, (3) y así, por Su sacrificio, Él satisface y quita la ira que merecía Su pueblo. En Su Persona, Él ha satisfecho plenamente las exigencias de la santidad y la ley de Dios, de modo que ahora, sobre la base de la justicia, el favor divino ha quedado garantizado para aquellos en cuyo lugar el Salvador sufrió y murió. Dicho de otro modo, la Cruz tiene un aspecto en que mira a Dios; fue una obra propiciatoria por la cual el Padre es pacificado, y es precisamente sobre esta base, a saber, la obediencia y la sangre de Cristo, que todas las bendiciones de la salvación fluyen gratuitamente y con certeza hacia los pecadores. Esto es lo que tan claramente se enseña en Romanos 3:25-26: "Se demuestra que Dios no sólo es misericordioso para perdonar, sino que es fiel y justo al perdonar al pecador sus pecados. La justicia ha sido plenamente satisfecha, y garantiza su liberación. Aun el primero de los pecadores aparece, en el sacrificio propiciatorio de su Fiador, como verdaderamente digno del amor Divino, porque, no sólo es perfectamente inocente, sino que tiene la justicia de Dios»⁴ (11 Corintios 5:21). Spurgeon se gloriaba en esta verdad: "Ha castigado a Cristo, ¿por qué habría de castigar dos veces por una trasgresión? Cristo ha muerto por todos los pecados de su pueblo, y si tú estás en el pacto, eres del pueblo de Cristo. No puedes ser condenado. No puedes padecer por tus pecados. Hasta que Dios pueda ser injusto, y exigir dos pagos por una sola deuda, no puede destruir el alma por quien Jesús murió".

² Como Hugh Martin demuestra en su obra sobre *The Atonement, in its relations to The Covenant, Priesthood, The Intercession of our Lord* (1887), la manera más segura de responder a una objeción contra la pretendida injusticia de una expiación vicaria (el Inocente muriendo en lugar del culpable) es destacando la verdad de que por el pacto son una sola cosa con Él aquellos cuyos pecados Él expía muriendo en su lugar" (p. 10).

³ «Del modo como el pecado pertenece a personas, también la ira descansa sobre las personas que son agentes de pecado." John Murray, monografía sobre *The Atonement*, Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1962; véase el mismo autor sobre *The Epistle to the Romans, vol. I*, Marshall, Morgan and Scott, 1960, 116-121.

⁴ Thomas Goodwin, en su gran comentario a Efesios, caps. 1-2, 11, exponiendo "el gran amor con que nos amó", observa: «Que Dios en su amor toma a personas. Dios no toma solamente proposiciones de tal manera que diga: «Amaré al que cree, y le salvaré», como sostienen los de opinión arminiana; no, Él toma personas. Y Cristo no solamente murió por las proposiciones, sino por las personas... Nos amó sin engaño; nos amó a nosotros, no a cosas nuestras. No fue por nuestra fe, ni por nada que hubiera en nosotros; «no por obras», dice el apóstol; no, ni tampoco por la fe. No, Él torna personas desnudas; Él te ama a ti, no a tus cosas. Por consiguiente, ésta es la razón de que su amor nunca deje de ser, porque Él toma a la persona simplemente como tal... El pacto de gracia es un pacto de personas, y Dios nos da la persona de Cristo, y la persona del Espíritu Santo..." *Works of Thomas Goodwin*, 1861, Vol. II, 151.

El Arminianismo evangélico predica una expiación sustitutiva y también se aferra a una redención universal, pero, debido a que sabe que esta universalidad no garantiza la salvación universal, tiene que debilitar inevitablemente la realidad de la sustitución, y representarla como algo más indefinido e impersonal, una sustitución que no redime de hecho, sino que hace posible la redención de todos los hombres. Según el Arminianismo, la expiación no tiene relación especial con ninguna persona individual, y no hace segura la salvación de nadie. Por la misma razón, esta enseñanza tiene también la inevitable tendencia a disminuir el valor de la propiciación y a oscurecer el hecho de que la justificación viene a los pecadores, no sobre la base de su fe, sino exclusivamente a causa de la obra de Cristo. No es la fe la que hace que la expiación sea eficaz para nosotros, sino que es la expiación la que ha obtenido la justificación y la justicia de los pecados, y aun la fe por la cual nos apropiamos de estas bendiciones es un don del cual Cristo es autor y dueño por adquisición. De modo que, si bien el Arminianismo no niega que la naturaleza de la expiación sea vicaria, siempre hay peligro de que lo haga, Y esta es una de las razones de que, en más de una época de la historia, el Arminianismo haya desembocado en un modernismo que niega totalmente la sustitución y la propiciación. Una vez se ha aceptado en la Iglesia una visión borrosa y oscura de la expiación, es mas que probable que la generación siguiente llegue a la vaguedad suprema de un hombre como F. W. Robertson, de Brighton, de quien se ha dicho: «Robertson creía que Cristo hizo algo que, de algún modo, tenía una relación con la salvación.»

La reciente nueva publicación de la obra de John Owen: *The Death of Death*, que examina detalladamente la importancia de esta cuestión por medio de la exégesis bíblica, hace que sean innecesarios más comentarios aquí, y la posición de Spurgeon era la misma que la del gran puritano. Nuestro propósito al presentar esta particular doctrina en el presente contexto es tan sólo mostrar que Spurgeon consideraba que constituía más que una disputa sobre el alcance de la redención. Predicando sobre *La Redención Particular*, en 1858, decía: "La doctrina de la redención es una de las más importantes del sistema de fe. Un error en este punto desembocará inevitablemente en un error en todo el sistema de nuestras creencias". Más de veinte años después, ésta seguía siendo todavía su convicción: "La gracia de Dios no puede verse frustrada, y Jesucristo no murió en vano. Creo que estos dos principios son la base de toda doctrina sana. La gracia de Dios no puede ser frustrada pase lo que pase. Su propósito eterno se cumplirá, su sacrificio y su sello serán eficaces; los escogidos por gracia serán traídos a gloria". "El Arminiano sostiene que Cristo, cuando murió, no murió con el intento de salvar a alguien en particular; y enseña que la muerte de Cristo no garantiza en sí misma, por encima de toda duda, la salvación de ningún hombre ... se ven obligados a sostener que si la voluntad del hombre no cediese, rindiéndose voluntariamente a la gracia, la expiación de Cristo sería inútil...

Nosotros decimos que Cristo murió de tal manera que obtuvo infaliblemente la salvación de una multitud que no se puede contar, que por la muerte de Cristo no sólo puede ser salva, sino que es salva, es preciso que sea salva, y en ningún caso puede caer en peligro de ser otra cosa sino salva". Cuando se renunciaba a esta posición, consideraba Spurgeon que las consecuencias eran tan grandes que nadie podía adivinar en qué errores podía incurrir una persona: "Después de haber creído en la redención universal, son llevados a la blasfema deducción de que la intención de Dios ha sido frustrada, y que Cristo no ha recibido lo que se propuso alcanzar cuando murió.

Si pueden creer eso, les tendré por capaces de creer cualquier cosa... » (16). La doctrina arminiana de la expiación es de este modo una ilustración importante de la confusión que esta enseñanza introduce en la unidad de las Escrituras.

EL ARMINIANISMO OSCURECE LA GRACIA

Una segunda razón por la cual Spurgeon se opuso al arminianismo tan enérgicamente era que vio que el espíritu de aquel sistema conduce directamente al legalismo, pues si bien los Arminianos evangélicos niegan la salvación por, las obras, la tendencia de los errores que sostienen les lleva a dar mayor importancia a la actividad del pecador, y a dirigir el énfasis primordialmente hacia la voluntad y el esfuerzo humanos. Este es el resultado lógico de un sistema que considera que la decisión humana es el factor crucial para determinar quién es salvo, y que representa la fe como algo que todo hombre puede ejercer si así lo desea. El Dr. Grabam, por ejemplo, escribe: "No conocemos a Cristo a través de los cinco sentidos físicos, pero lo conocemos a través del sexto sentido que Dios ha dado a todo hombre: la capacidad de creer". Si Dios ha dado esta capacidad a todos los hombres, el punto decisivo ha de depender de la reacción humana, ya que es evidente que no todos son salvos. Esta consecuencia es aceptada por el arminianismo: "Este amor de Dios", dice el Dr. Graham, "que es inconmensurable, inconfundible e infinito, este amor de Dios que abarca todo lo que un hombre es, puede ser rechazado por completo por el mismo hombre. Dios no forzará a ninguno a aceptarle contra su voluntad... Pero si tú realmente lo deseas, es preciso que creas; tienes que tomarlo". La intención es hacer énfasis en el "tú", y de modo inevitable se da la impresión de que sólo nuestra fe puede salvarnos --como si la fe fuera la causa de la salvación. Esto es el mismísimo reverso del concepto de Spurgeon sobre el espíritu de la predicación del Evangelio. "Yo no podría predicar como arminiano" dice, y en el siguiente pasaje nos declara exactamente por qué: "Lo que el arminiano desea hacer es despertar la actividad del hombre; lo que el arminiano desea hacer es suprimirla de una vez para siempre, para mostrarle que está perdido y en ruinas, y que sus actividades no están ahora en lo más mínimo a la altura de la obra de conversión; que debe mirar las cosas de arriba. Ellos procuran hacer que el hombre se levante; nosotros procuramos derribarlo Y hacer que se dé cuenta de que está en las manos de Dios, y que lo que le corresponde es sujetarse a Dios y clamar: «Señor, sálvanos o perecemos». Sostenemos que el hombre no está nunca tan cerca de la gracia como cuando empieza a comprobar que no puede hacer nada en absoluto. Cuando dice: «Puedo orar, puedo creer, puedo hacer esto, y, lo otro», se perciben en su frente los signos de la propia suficiencia y la arrogancia".

El arminianismo, haciendo que el amor y la salvación de Dios dependan del cumplimiento de ciertas condiciones por parte del pecador, en vez de ser enteramente de gracia, fomenta un error que es preciso combatir con la máxima energía: "¿No veis en seguida", dice Spurgeon, "que esto es legalismo; que esto es hacer que nuestra salvación dependa de nuestra obra; que es hacer que nuestra vida eterna dependa de algo que hacemos? Más aún, la misma doctrina de la justificación, tal como la predica un arminiano, no es otra cosa que la doctrina de

la salvación por las obras a fin de cuentas; porque siempre piensa que la fe es una obra de la criatura, y una condición para ser aceptado. Es tan falso decir que un hombre se salva por la fe considerada como obra, como decir que se salva por las obras de la Ley. Somos salvos por la fe como don de Dios, y como primera señal de su favor eterno para con nosotros; pero no es la fe como obra nuestra lo que salva; de otra manera seríamos salvos por las obras, y no totalmente por la gracia". "Nosotros no le hemos pedido que hiciese el pacto de la gracia" declara en otro sermón. «No le hemos pedido que nos eligiera. No le hemos pedido que nos redimiese. Estas cosas fueron efectuadas antes de que naciésemos. No le hemos pedido que nos llamara por su gracia, pues, ¡ay de nosotros!, no conocíamos el valor de ese llamamiento, y estábamos muertos en delitos y pecados, sino que gratuitamente nos dio su amor, no buscado, pero ilimitado. La gracia preventiva vino a nosotros, desbordando todos nuestros deseos, todas nuestras voluntades, todas nuestras oraciones" . "¿Me ama Dios por el hecho de que yo le amo? ;Acaso me ama Dios porque mi fe es fuerte? Entonces, tiene que haberme amado por algo bueno que había en mí, y esto no corresponde al Evangelio. El Evangelio presenta al Señor amando a los que no lo merecen y justificando a los impíos, y por lo tanto es preciso que deseche de mi mente la idea de que el amor divino depende de las condiciones humanas" .

El arminianismo, al oscurecer la gloria que pertenece exclusivamente a la gracia de Dios, cae bajo la condenación apostólica y es, por consiguiente, un error suficientemente grave para que no quepa la transigencia. Podemos tener comunión con hermanos que están bajo la influencia de estos errores, pero en la predicación y la enseñanza de la iglesia no puede haber fluctuaciones ni medias tintas en cuanto a semejante cuestión.

En el aspecto personal, es la plena proclamación de las doctrinas de la gracia la que da al creyente la paz tan maravillosamente expresada en los versos de Horacio Bonar:

Mi amor muchas veces se arrastra,
Marea en mi gozo aún habrá;
Mas la paz es la misma con Él;
No hay variación en Jehová.
Yo cambio, mas no Él,
El Cristo no puede morir;
Su amor, y no el mío, es lugar de reposo;
Su verdad, no la mía, nos llega a unir.

Fue esta fe la que sostuvo a Spurgeon en los períodos de enfermedad y tinieblas por los cuales a veces pasó, y no hacia sino expresar el sentir de su corazón cuando dijo: "Nunca puedo entender lo que hace un arminiano cuando le vienen enfermedades, pesares y aflicciones" . No obstante, el Dr. C. T. Cook excluye estas palabras en la reimpresión de la Edición KeIvedon del sermón en que aparece esta observación. Es contrario al concepto moderno considerar que el arminianismo mina la paz del corazón, pero, ¿en qué otro lugar puede descansar el creyente en tiempos de dificultad sino es en la deleitosa seguridad de que es salvo, preservado y destinado para la gloria exclusivamente por la eterna e inmutable gracia de Dios?

EL ARMINIANISMO Y LA VERDAD ACERCA DEL HOMBRE

En tercer lugar, Spurgeon se opuso a la enseñanza ya en boga en los años de 1850 a 1860, porque afirmaba que contenía errores que atenúan la gravedad de la posición de los inconversos. El arminianismo no revela plenamente el testimonio bíblico relativo a la condición de los pecadores, y no expone el terrible alcance de sus pecados. La Escritura nos representa, no solamente como necesitados por naturaleza de salvación de la culpabilidad del pecado, sino necesitados de un poder omnipotente que nos resucite después de haber estado «muertos en delitos y pecados». No solamente estamos bajo condenación por nuestras transgresiones, sino que estamos bajo el dominio de una naturaleza caída que está enemistada con Dios. No es solamente que hayamos cometido pecados por los cuales necesitamos misericordia, sino que tenemos una naturaleza pecaminosa que necesita ser hecha de nuevo. El arminianismo predica el nuevo nacimiento, pero lo predica como consecuencia de, o como acompañamiento a, la decisión humana; representa al hombre como nacido de nuevo por el arrepentimiento y la fe, como si estos actos espirituales estuvieran dentro de la capacidad de los inconversos. Esta enseñanza es tan sólo posible a causa de haber evaluado insuficientemente la ruina total del pecador y, su impotencia. La Escritura dice que el hombre natural no puede percibir las cosas espirituales, (5) y causa de esto que la resurrección que viene de Dios debe preceder a la reacción humana. "El espíritu es el que da vida: la carne para nada aprovecha" (Juan 6:63). Es a través de Dios, quien llama y regenera, que se implanta la nueva vida, y hasta que se alcanza ese punto, la naturaleza y la voluntad del pecador están contra Dios. En la regeneración, la naturaleza es cambiada, la voluntad es liberada, el poder de la incredulidad es quebrantado y el alma vuelve a Dios en arrepentimiento y fe. Venimos al Salvador porque somos traídos por el amor del Padre, y sin esa atracción eficaz, dice Cristo, nadie vendrá jamás (Juan 6:65). Al ser conscientes de semejante verdad somos levantados por encima del terreno de los debates, por esta razón Spurgeon nunca se cansaba de citar en admiración y alabanza:

¿Por qué fui llevado a oír Tu voz

Y a entrar habiendo aún lugar,
Al par que miles la desdicha escogen,
Y antes que venir de hambre mueren?

Fue el mismo amor que preparó la fiesta
El que dulcemente me empujó;
Si no, aun de gustarla hubiese huido.
Y en mi pecado habría perecido.

⁵ I Corintios 2: 14. En el orden divino, el llamamiento y la regeneración preceden a la justificación y la fe; por ejemplo, ver Romanos 8:30, Efesios 2:1, 5, 8; Tito 3:5, 7, etc. La fe del pecador es resultado del propósito eterno del Padre: "Creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna". Hechos 13:48. Compárese con Juan 13:26. No cabe discutir que la voluntad del hombre actúe en el creer; el punto en disputa es Cómo se originó tal actividad.

La enseñanza arminiana invierte el orden bíblico y coloca la decisión humana antes que el acto divino. "La mirada santa de Dios", dice el Dr. Graham, "discierne la pecaminosidad de todos los corazones, y llama a todos a pasarse al bando de Dios en contra de sí mismos. Hasta que se ha efectuado, la fe es absolutamente imposible. Esto no limita la gracia de Dios, pero el arrepentimiento abre camino a la gracia de Dios" (6). El "llamamiento" en este contexto es, evidentemente, no el poderoso llamamiento íntimo de Cristo, sino el mandato y la invitación externa del predicador que nos llama a la decisión. Dicho de otro modo, hasta que se ha tomado la decisión, no es posible que ocurra nada más. El arrepentimiento ha de preceder al nuevo nacimiento: "Vosotros abríis vuestro corazón", aconseja el Dr. Graham a los hombres, "y le permitís que entre. Renunciáis a todo pecado y a todos los pecados. Renunciáis y os entregáis, por fe, a Él. En aquel preciso instante, tiene lugar el milagro de la regeneración. Llegáis a ser de hecho una nueva criatura moral. Queda implantada la naturaleza divina». (7) Es evidente que no se trata de una diferencia de terminología, sino de una apreciación distinta de la posición de los no regenerados. El arminiano cree que a través de una influencia general de la gracia de Dios el hombre natural puede actuar de manera que, según promete el predicador, dará por resultado la salvación. La gracia en este contexto no es evidentemente gracia salvadora, porque se extiende igualmente a los que perecen; de hecho no es gracia en absoluto en el uso bíblico del término. El calvinista tiene una apreciación diferente tanto del pecador como de la gracia. En cuanto al pecador, cree que ha caído en una condición mucho más terrible y que su necesidad es mucho más colosal. Y en cuanto a la gracia, se gloria en que es eficaz para alcanzar a los hombres aun en tal posición: "Miráis al termómetro espiritual y decís: «Hasta dónde descenderá la gracia de Dios? ¿Descenderá hasta el calor de verano? ¿Acaso hasta cero? ¿Llegará hasta más abajo del punto de congelación?» Sí, descenderá hasta el punto más bajo concebible, más de lo que puede indicar cualquier instrumento: descenderá más abajo del grado cero de la muerte".

Es precisamente en ese punto de la muerte espiritual que el Espíritu Santo sale el primero al encuentro de los hombres en poder salvador, y los levanta del sepulcro del pecado. El arrepentimiento y la fe no se pueden ejercer hasta que se ha implantado la vida, y, por consiguiente, estos actos espirituales son "el primer resultado visible de la regeneración". «El arrepentimiento evangélico no puede existir jamás en un alma no regenerada." Somos tan impotentes para cooperar en nuestra regeneración como lo somos para cooperar en la obra del Calvario, y así como es la sola Cruz la que paga la culpabilidad del pecado, así también es la sola regeneración la que se enfrenta con su poder. Es esta doctrina la que demuestra exactamente y a la vez la verdadera naturaleza de la condición del pecador y la grandeza de la obra del Espíritu:

⁶ *Peace with God*, 104.

⁷ *Peace with God*, 98. Admitimos que el Dr. Graham habla (p. 125) del nuevo nacimiento como obra divina que nosotros no podemos efectuar, pero enseña una y otra vez lo contrario: Podemos rehusar nacer de nuevo (65), o podemos aceptarlo. «La Biblia dice que, en el momento en que aceptase a Cristo, el Espíritu Santo vino a morar en tu corazón" (148). «En el *instante en que te decidiste por Cristo sufrió (el Diablo) una tremenda derrota." (142), etc.

¿Puede algo inferior al divino poder
Subyugar la obstinada voluntad?
Tuyo es, Eterno Espíritu, tuyo es
Formar de nuevo el corazón.

Tuvo es someter las pasiones
Y mandarlas al cielo levantarse;
Y desprender, de los ojos ciegos de la razón,
las duras escamas del error.

Alejar las sombras de la muerte,
Y hacer que viva el pecador;
Que brille un rayo de vida del cielo,
Es tuyo darlo, sólo tuvo, Señor.

Spurgeon sostenía que la realidad de la posición del pecador no puede reconocerse plenamente hasta que se haya aclarado de modo inconfundible esta verdad de la necesidad de una obra sobrenatural del Espíritu de Dios: "Pecador, pecador inconverso, te advierto solemnemente que jamás puedes por ti mismo nacer de nuevo, y aunque el nuevo nacimiento es absolutamente necesario, te es completamente imposible, a menos que Dios Espíritu Santo lo haga... ». "Haz lo que sea, aun en el mejor de los casos habrá una división tan ancha como la eternidad entre ti y el hombre regenerado... Es preciso que el Espíritu de Dios te cree de nuevo, tienes que nacer de nuevo. El mismo poder que levantó a Jesús de entre los muertos ha de ser ejercido para levantarnos de los muertos; la mismísima omnipotencia, sin la cual no podrían haber existido ni los ángeles ni los gusanos, ha de salir nuevamente de sus cámaras y efectuar una obra tan grande como en la primera creación, para hacernos de nuevo en Cristo Jesús nuestro Señor. La misma Iglesia Cristiana trata de olvidarlo constantemente, pero tantas veces como esta antigua doctrina de la regeneración es presentada de modo categórico, Dios se complace en favorecer a Su Iglesia con un avivamiento...". "A menos que Dios Espíritu Santo, que «produce así el querer como el hacer», obre sobre la voluntad y la conciencia, la regeneración es una imposibilidad absoluta, y por lo tanto también lo es la salvación. «¡Cómo!», exclama alguien, ¿Quiere usted decir que Dios interviene de modo absoluto en la salvación de cada uno para regenerarlo?» Si; en la salvación de toda persona hay en efecto una intervención del poder divino, por el cual el pecador muerto es resucitado, el pecador reacio es hecho voluntario, el pecador desesperadamente empedernido recibe una conciencia tierna; y el que habla rechazado a Dios y despreciado a Cristo, es conducido a arrojarse a los pies de Jesús. Ha de haber una interposición divina, una obra divina, una influencia divina, o de lo contrario, hagáis lo que hagáis, perecéis y seréis asolados: «El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios»...». "No olvidemos jamás que la salvación de un alma es una creación. Ahora bien, nadie ha podido jamás crear ni una mosca. Sólo Jehová crea. Ningún poder, humano o angélico, puede inmiscuirse en este glorioso terreno del poder divino. La creación es el campo de la actividad de Dios. Ahora bien, en todo cristiano hay una creación absoluta: «Creados de nuevo en Cristo Jesús». «El nuevo hombre, creado según Dios en la justicia.» La regeneración no es la reforma de principios que ya existían, sino la implantación de algo que no existía; es la colocación en un hombre de algo nuevo llamado el espíritu, el nuevo hombre; la creación, no de un alma, sino de un principio aún más elevado, tanto más elevado que el alma, como el alma es más elevada que

el cuerpo. En el hecho de que un hombre sea llevado a creer en Cristo, hay una verdadera manifestación apropiada del poder creador, como cuando Dios hizo los cielos y la tierra...". "Sólo el que formó los cielos y la tierra podía crear una nueva naturaleza. Es una obra sin igual, única y sin rival posible, dado que el Padre, el Hijo y el Espíritu han de cooperar en ella, porque para implantar la nueva naturaleza en el cristiano, ha de haber el decreto del Padre Eterno, la muerte del bendito Hijo, y la plenitud de la operación del adorable Espíritu. Ciertamente es una obra inmensa. Los trabajos de Hércules no eran sino bagatelas comparados con éste; matar leones e hidras, y limpiar los establos del rey Augías, juego de niños en comparación con la renovación de un espíritu recto en la naturaleza caída del hombre. Observad que el apóstol afirma (Filipenses 1:6) que esta buena obra fue comenzada por Dios. Evidentemente no creía en aquel notable poder que algunos teólogos atribuyen al libre albedrío; no adoraba esa moderna Diana de los Efesios".

Conviene recordar que estas palabras no son las de un conferenciante, sino las de un evangelista, un hombre que durante más de treinta y cinco años predicó, en Londres, a 5.000 o más personas cada domingo, un pescador de almas que anhelaba ver cómo los hombres eran llevados a Cristo. Para Spurgeon ésta no era tan sólo una cuestión de ortodoxia teológica; sabía que estas verdades producen un profundo impacto práctico en las conciencias de los oyentes. Demuelen la propia suficiencia hasta que los hombres quedan impotentes a la vista de Dios y no pueden escapar a la naturaleza desesperada de su condición: "Hay en estas doctrinas algo que penetra hasta el alma del hombre. Otras formas de doctrina se deslizan como el aceite sobre una lápida de mármol, pero ésta los cincela y corta hasta lo más vivo. No pueden evitar el darse cuenta de que aquí hay algo, aunque den coces contra ello, que tiene fuerza especial, y tienen que preguntarse: «¿Es eso verdadero o no?» No pueden contentarse con injurarlo y entregarse a la placidez".

La gloriosa verdad es que es el mismo carácter incurable del pecador el que le muestra dónde está la verdadera esperanza. Minimizar esta falta de esperanza -como hace el arminianismo- no es, pues, la manera de revelar la luminosidad de la esperanza que brilla en el Evangelio. Escuchemos de nuevo algunas de las palabras finales de Spurgeon, dirigidas a una vasta congregación reunida en el Exeter Hall: "Vosotros, los que no habéis sido convertidos, y no tenéis parte en la actual salvación, a vosotros os digo lo siguiente: Hombre, hombre, estás en las manos de Dios. De Su voluntad depende absolutamente que vivas lo suficiente para llegar hoy a tu casa». ¿Es esto enviar a los hombres a la desesperación? ¡No! Es cerrarles todo camino que no sea el de Dios. Las mismas verdades que nos revelan nuestra impotencia son las que nos orientan hacia nuestra verdadera esperanza, y nos revelan que en el Padre de misericordias hay gracia omnipotente para hacer por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. "El calvinismo te da diez mil veces más razones para tener esperanza que el predicador arminiano, que se levanta y dice: «Hay lugar para todo el mundo, pero no creo que haya una gracia especial para hacerlos venir; si no quieren venir, no vendrán, y se acabó, es culpa suya, y Dios no les obligará a venir». La Palabra de Dios dice que no pueden venir, pero el arminiano dice que pueden; el pobre pecador se da cuenta de que no puede, pero el arminiano ha declarado positivamente que podría si quisiera". Cuando a un hombre que ha llegado a este punto se le dice que Dios ha determinado salvar pecadores, que así como ha establecido el medio en la sangre del Calvario, ha dado también el Espíritu para aplicar los méritos de aquel sacrificio y para resucitar a los muertos en pecado -el propósito es Suyo, el don es Suyo, los medios son Suyos, el poder es Suyo -, esta es exactamente la buena nueva que un alma así desmayada necesita.

Para una persona que ya no confía en si misma y que se da cuenta del desesperado mal de su corazón, no podía haber un mensaje más urgentemente necesitado que el que le enseña a mirar y a confiar en la libre gracia de Dios: «El gran sistema conocido como «Las Doctrinas de la Gracia» pone a Dios, y no al hombre, ante la mente de aquél que verdaderamente lo recibe. Todo el conjunto y plan de aquella doctrina mira hacia Dios», y esa es exactamente la dirección en que un alma convicta necesita mirar. Sus superficiales nociones religiosas le han sido arrancadas: "Antes te jactabas: «Puedo creer en el Señor Jesucristo cuando guste, y, todo irá bien». En otros tiempos pensabas que creer era cosa muy fácil; pero ahora no piensas así. «¿Qué me ocurre?» clamas ahora, «No puedo sentir. Peor aún, no puedo creer. No puedo recordar. No puedo refrenarme. Parezco estar poseído por el diablo. Ojalá Dios me ayude, porque yo no puedo ayudarme a mí mismo". "Cuando un hombre sabe y se da cuenta de que es verdaderamente un pecador delante de Dios, es un milagro para él creer en el perdón de los pecados; nada que no sea la omnipotencia del Espíritu Santo puede obrar esta fe en él".

Spurgeon tenía el suficiente conocimiento de la verdadera naturaleza de la convicción de pecado para saber que la predicación de la gracia irresistible es un deleitoso manjar para aquellos cuyas esperanzas están tan sólo en Dios. Se gloriaba en poner de relieve la verdad de que la impotencia humana no es una barrera para la omnipotencia de Dios: "El Señor, cuando se propone salvar pecadores, no se detiene a preguntarles si ellos se proponen ser salvos, sino que, como viento poderoso y acometedor, la influencia divina barre todos los obstáculos; el corazón reacio se dobla ante el potente viento de la gracia, y los pecadores que no querían ceder son llevados por Dios a ceder. Una cosa sé, que si el Señor así lo quiere, no hay hombre tan desesperadamente impío aquí en esta mañana que no pueda ser llevado a buscar misericordia, por infiel que pudiera ser; por más arraigado que estuviera en sus prejuicios contra el Evangelio, Jehová no tiene más que quererlo, y ya está hecho. En tu tenebroso corazón, ¡oh tú que nunca has visto la luz!, la luz entrará a raudales; solamente que Él dijera: «Sea la luz», sería la luz. Puedes quizá rebelarte y resistir a Jehová; pero Él sigue siendo tu dueño -tu dueño- para destruirte, si continúas en la impiedad; pero tu dueño para salvarte ahora, para cambiar tu corazón y transformar tu voluntad como transforma los ríos de agua".

El título del sermón del cual procede la cita anterior, Un Sermón de Avivamiento, predicado en enero de 1860, nos recuerda que la fuente de esta tremenda certeza estribaba en el conocimiento consciente que Spurgeon tenía, no solamente de la doctrina dada por el Espíritu, sino de la presencia de aquel mismo Espíritu poderoso acompañando a la predicación de la Palabra. Nunca se glorió más en el poder de Dios que en estos años de avivamiento.

Pensemos en la experiencia verdaderamente emocionante que debe haber sido estar en un campo frente a King Edward's Road, Hackney, en medio de 12.000 personas, y oír un sermón predicado allí un martes por la tarde, el 4 de septiembre de 1855, por el pastor de New Park Street. "Creo que nunca olvidaré", escribía más tarde en su autobiografía, "la impresión que recibí cuando, antes de separarnos, la vasta multitud cantó a una voz:

Load a Dios, de quien procede toda bendición.

Aquella noche pude entender mejor que nunca por qué el apóstol Juan, en Apocalipsis, comparaba la «canción nueva» del cielo con «da voz de muchas aguas». En aquel glorioso aleluya, las potentes olas de la alabanza parecían desplegarse hacia el cielo, en majestuosa grandiosidad, como las olas del antiguo océano se despliegan en la playa".

La lectura de las palabras que fueron predicadas aquella noche hace que sea fácil entender por qué el culto terminó estando los corazones levantados al cielo en una experiencia de maravilla y alabanza. Predicando sobre las palabras "Vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos", Spurgeon se gloriaba en el triunfo de la gracia:

"Oh, me encantan los pasajes en que Dios usa el tiempo futuro de los verbos. No hay nada comparable. Cuando un hombre usa el futuro al hablar, ¿de qué sirve? El hombre dice que hará, y nunca lo lleva a cabo; prometo, y no cumple. Pero nunca es así con Dios. Si lo dice, tendrá lugar; cuando promete, cumple. Ahora bien, aquí ha dicho que «vendrán muchos». El diablo dice «no vendrán» ; pero «vendrán». Vosotros mismos decís «no vendremos»; Dios dice «vendréis». ¡SI!, hay aquí algunos que se ríen de la salvación, que son capaces de escarnecer a Cristo, y mofarse del Evangelio; pero os digo que algunos de vosotros aún vendréis. «¡Qué dices!» exclamáis, -;Acaso puede Dios convertirme en cristiano?» Te digo que sí, pues en esto estriba el poder del Evangelio. No pide tu consentimiento, sino que lo obtiene. No dice: ¿lo quieres?, sino que hace que te ofrezcas voluntariamente en el día del poder de Dios... El Evangelio no quiere tu consentimiento, lo obtiene. Elimina la enemistad de tu corazón. Tú dices «No quiero ser salvo»; Cristo dice que lo serás. Hace que tu voluntad dé media vuelta, entonces clamas: «Señor, sálvame, o pereceré » ¡Ah, ojalá el cielo exclame: Sabía que te lo haría decir; y entonces se goce por ti porque ha cambiado tu voluntad y ha hecho que te ofrecieras voluntariamente en el día de su poder! Si Jesucristo hubiese de venir a esta plataforma en esta noche, ¿que harían muchos con él? Si viniese y dijera: "Aquí estoy, te amo, ¿quieres ser salvo por mí?" ni uno de vosotros consentiría si dependiera de vuestra voluntad. Pero él mismo dijo: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere». ¡Ah, esto es lo que necesitamos Y aquí lo tenemos. ¡Vendrán! ¡Vendrán! Podéis reiros, podéis despreciarnos; pero Jesucristo no habrá muerto en vano. Si algunos de vosotros lo rechazáis, hay algunos que no lo harán. Si bien algunos no son salvos, otros lo serán. Cristo verá linaje, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano. Prosperada. ¡Vendrán! Y nada en el cielo, ni en la tierra, ni en el infierno, puede impedir que vengan".

¿Podemos Evangelizar Sin Arminianismo?

Pasajes como los antes citados demuestran claramente que Spurgeon no creía que hubiera un mensaje evangélico que, de algún modo, pueda estar separado de la estructura entera de la teología bíblica. Consideraba que toda verdad tiene su lugar en el evangelismo. Pero lo que probablemente va a ser puesto en tela de juicio dentro del punto de vista de las manifestaciones citadas, que tanto se apartan de los modernos conceptos del evangelismo, es si el Evangelio puede llegar a predicarse sobre una base doctrinal como ésta. Es preciso reconocer en seguida que si por el Evangelio entendemos que Cristo murió por todo el mundo, que Dios "respete el don del libre albedrío que supuestamente ha dado al hombre", y que "una decisión por Cristo" es el punto crucial de la salvación, semejante evangelio no se puede reconocer en los sermones de Spurgeon. Pero lo cierto es que puso de relieve incesantemente la grandeza del amor de Cristo a los pecadores, el carácter gratuito de Su perdón, y la plenitud de Su expiación; y persuadió y exhortó a todos a arrepentirse y confiar en tal Salvador. El punto en que difería tanto del hipercalvinismo como del arminianismo es que se negó a racionalizar cómo es posible ordenar que los hombres hagan lo que no está en su poder hacer. Los arminianos dicen que se ordena algo a los pecadores, por consiguiente es preciso que puedan hacerlo; los hipercalvinistas dicen que no pueden, por lo tanto no puede ordenárseles algo. Pero la Escritura y el calvinismo ponen de relieve tanto la incapacidad del hombre como su deber, y ambas verdades son parte indispensable del evangelismo; la primera revela la necesidad que el pecador tiene de una ayuda que sólo Dios puede prestar, y la segunda, se expresa en las exhortaciones, promesas e invitaciones de la Escritura, que le muestra el lugar en donde esta su paz y seguridad, a saber, la Persona del Hijo de Dios.

El hecho de que la regeneración precede a la fe nos prohíbe ciertamente decir a los hombres que pueden decidirse por Cristo en el momento en que ellos o el predicador escojan, pero no impide que el evangelista haga su verdadera obra, que es mostrar a los hombres que han de ser salvos de gracia por la fe, y llamarlos a una fe y confianza inmediata en Cristo. Aunque esté muy por encima de la razón el reconciliar el mandamiento dado a los pecadores de que deben creer en el Hijo de Dios para tener la salvación, con la verdad de que solamente la gracia puede permitirles hacerlo, no hay conflicto entre las dos cosas en la Escritura. Spurgeon tomó estas dos verdades, el deber que el hombre tiene de creer, y su pecaminosa incapacidad para hacerlo, y las usó como si fuesen dos mordazas de un tornillo para sujetar la conciencia del pecador. Tómese el siguiente ejemplo: "Dios te pide que creas que, por medio de la sangre de Jesucristo, Él puede seguir siendo justo y al mismo tiempo justificar a los impíos. Él te pide que confíes en que Cristo te salva. ¿Puedes esperar que te salve si no quieres confiar en Él? Es lo más razonable del mundo que te exija que creas en Cristo. Y te lo exige esta mañana. «Arrepentíos y creed al Evangelio». ¡Oh, amigos! ¡Cuán triste es el estado del alma humana cuando no quiere hacer esto! Podemos predicaros, pero jamás os arrepentiréis ni creeréis al Evangelio. Podemos poner los mandamientos de Dios, como un hacha a la raíz del árbol, pero, aunque estos mandamientos son razonables, rehusaréis dar a Dios lo que le pertenece; permaneceréis en vuestros pecados; no vendréis a Él para que tengáis vida; y aquí es donde el espíritu de Dios ha de entrar y obrar en las almas de los elegidos para que se ofrezcan voluntariamente en el día de Su poder. Pero en el nombre de Dios os advierto solemnemente que, si después de oír este mandato, seguís haciendo como sé que hacéis, o sea que, sin su Espíritu, continuáis rehusando obedecer un Evangelio tan razonable, hallaréis que el final será más tolerable para Sodoma y

Gomorra que para vosotros; pues si las cosas que se predicaban en Londres hubieran sido proclamadas en Sodoma y Gomorra, hace tiempo que se hubieran arrepentido en saco y ceniza. ¡Ay de vosotros, habitantes de Londres! "

Pero no dejaba a los pecadores en este punto. Escuchad cómo termina el sermón del cual acabamos de citar un fragmento. Con un gran "crescendo" de la verdad, ha estado atacando las conciencias de los inconversos desde todos los puntos, y ahora, en una agonía de celo, llega a esta tremenda conclusión: "Os conjuro por el Dios vivo, os conjuro por el Redentor del mundo, os conjuro por la cruz del Calvario, y por la sangre que manchó el polvo en el Gólgota: obedeced a este mensaje divino y tendréis vida eterna; pero rechazadlo, ¡y vuestra sangre sea sobre vuestras cabezas por los siglos de los siglos!".

Además, no solamente exhortaba a los pecadores, sino que frecuentemente los guiaba. En un lenguaje que parece muy distante de la actual fórmula para cerrar un mensaje evangelístico, aconsejaba a los hombres cómo buscar a Cristo: "Antes de salir de este lugar", dice en una de estas ocasiones, -susurra una ferviente oración a Dios, diciendo: «Dios, ten misericordia de mí, pecador. Señor, necesito ser salvo. Sálvame. Invoco tu nombre.» Únete a mí en oración en este momento, te lo suplico. Uníos a mí mientras pongo palabras en vuestras bocas, y las pronuncio en favor vuestro. «Señor, soy culpable, merezco tu ira. Señor, no puedo salvarme a mí mismo. Señor, quisiera tener un corazón nuevo y un espíritu recto, pero, ¿qué puedo hacer? Señor, nada puedo hacer; haz Tú en mí el querer y el hacer por tu buena voluntad.

Sólo Tú tienes poder, lo sé,
Para salvar a un pobre como yo;
¿A quién, o adónde iría yo
Si lejos huyera de Ti?

Pero ahora, desde mi propia alma, invoco Tu nombre. Temblando, pero creyendo, me echo enteramente en tus brazos, oh Señor. Confío en la sangre y en la justicia de tu amado Hijo... Señor, sálvame esta noche, por causa de Jesús.»»

Otro verso que usaba para guiar a los pecadores era aquella estrofa de Charles Wesley:

¡Oh, Dios, convierte lo más íntimo de mi alma,
Y, en mi pensativo corazón,
Profundamente imprime eternas cosas.
Haz que me dé cuenta de su solemne peso,
Y, temblando al borde del destino,
Despiértame a la justicia!

De esta manera las almas afanosas eran dirigidas tan sólo a Dios, y si bien los miembros del Tabernáculo habían de estar siempre observando si había alguien necesitado de ayuda espiritual, no se exigían señales externas ni físicas de los que tenían alguna experiencia especial. Spurgeon sabía que era precisamente en este punto que el arminianismo hace estragos al llamar la atención hacia la acción humana en vez de a la divina. "Id a vuestras casas solos", solía decir, «confiando en Jesús. «Me gustaría entrar en la sala de obra personal de muchas iglesias.» No me extraña, pero somos reacios a mimar las supersticiones populares. Nos tememos que en esas salas los hombres se excitan al calor de una confianza ficticia. Muy pocos son los supuestos

convertidos de las salas de obra personal que acaben bien. Ve a tu Dios en seguida, ahí mismo, donde estás ahora. ¡Ponte en brazos de Cristo, ahora, en seguida, antes de dar un paso!"

Estas palabras fueron pronunciadas antes de que la sala de obra personal se hubiese convertido en el moderno sistema de llamamientos y decisiones; no es difícil imaginar con cuánta tristeza Spurgeon hubiera considerado semejante estado de cosas. Reconocía que, una vez tales cosas se convirtieran en parte del evangelismo, los hombres empezarían pronto a imaginar que podían ser salvos haciendo determinadas cosas, o que estas cosas por lo menos contribuirían a salvarlos. "Dios no ha establecido la salvación por medio de salas de obra personal" llega a ser una advertencia repetida en sus sermones posteriores. Además, tenía la suficiente experiencia de la poderosa obra del Espíritu Santo para saber que estas adiciones no eran lo que las almas penitentes buscan: "Generalmente, una conciencia herida, lo mismo que un ciervo herido, se deleita en estar a solas, para poder sangrar en secreto. Es muy difícil establecer contacto íntimo con un hombre que está bajo convicción de pecado., se encierra de tal modo en sí mismo que es imposible seguirle". El método empleado en el Tabernáculo estaba en completa armonía con estas convicciones, y al final de los cultos la congregación de cinco mil personas inclinaba sus cabezas en silencio solemne sin que ni siquiera un órgano o música alguna rompiera el silencio. ¡Que Dios conceda pronto de nuevo a la Iglesia días como aquellos!

a

EL ARMINIANISMO Y LA DEGENERACIÓN DE LA IGLESIA

Finalmente, Spurgeon se opuso resueltamente al arminianismo porque sus enseñanzas tienden a fomentar una peligrosa superficialidad religiosa. El arminianismo, al pasar por alto, como hemos visto, la punzante verdad de que toda experiencia de salvación debe empezar por la regeneración, y debido a que implica que los hombres llegan a la fe y al arrepentimiento sin la obra directa y previa del Espíritu Santo, establece un plan de conversión que está por debajo del bíblico. Según la predicación arminiana, el pecador es instruido para que empiece la obra llegando a ofrecerse voluntariamente, y Dios la completará; ha de hacer lo que pueda, y Dios hará el resto. De modo que si se toma una firme "decisión por Cristo", se le aconseja en seguida que confíe en que la obra Divina también ha sido hecha, y que considere textos como Juan 1:12 como descripción de su propio caso. Pero el hecho solemne es que el arminianismo ha establecido un sistema de conversión que es sub-bíblico y que puede aplicarse a hombres no nacidos de nuevo. Al presentar el arrepentimiento y la fe como algo que está al alcance de personas no regeneradas, abre la puerta a una experiencia en que la voluntad humana del pecador puede ser la característica principal en lugar del poder de Dios. La Escritura muestra en todas sus partes que, en la salvación, la voluntad y el poder de Dios ocupan el primer lugar, y no el segundo; y una enseñanza que promete que la voluntad de Dios ha de seguir nuestra voluntad puede tener el efecto de hacer que los hombres confíen en una ilusión engañosa, en una experiencia que no es la de la salvación en modo alguno.

La Escritura nos advierte solemnemente y con frecuencia contra semejante trampa. Y lo urgente de esta advertencia procede en parte del hecho de que hay una "fe" que pueden ejercer los hombres no regenerados, y cuya experiencia puede incluso llevar al gozo y a la paz. Pero el arminianismo, en vez de prevenir a los hombres en contra de este peligro, lo alienta de modo inevitable, pues lanza a los hombres, no en brazos de Dios, sino en brazos de sus propios actos. Se da al oyente del Evangelio la clara impresión de que no es de Dios el escoger, sino de él, y que en aquel lugar y hora puede decidir el momento de su regeneración. Por ejemplo, un folleto muy distribuido actualmente para el evangelismo entre estudiantes presenta "Tres pasos sencillos" a dar para llegar a ser cristiano: primeramente, reconocimiento personal del pecado, y en segundo lugar, fe personal en la obra sustitutiva de Cristo. A estos dos pasos se les llama preliminares, pero "el tercero es tan definitivo que el darlo hará de mi un cristiano... Debo acudir a Cristo y reclamar mi participación personal en lo que Él hizo por todo el mundo." Este fundamental tercer paso depende de mí. Cristo "espera pacientemente hasta que abra la puerta. Entonces Él entrará..." Una vez hecho esto, puedo inmediatamente considerarme como cristiano. Sigue el consejo: "Di hoy a alguien lo que has hecho."

Sobre esta base, una persona puede hacer profesión de fe sin haber tenido jamás la experiencia del derrumbamiento de la confianza en sus propias capacidades; nada en absoluto se le ha dicho de su necesidad de un cambio de naturaleza que no está en su poder producir, y por consiguiente, si no experimenta tan radical cambio, no se desalienta. Nunca se le dijo que era esencial, de modo que no ve razón alguna para dudar de que es cristiano. De hecho, la enseñanza bajo la cual ha venido a parar, milita constantemente contra la aparición de tales dudas. Se dice a menudo que un hombre que ha tomado una decisión y tiene pocas pruebas de un cambio de vida puede ser un cristiano "carnal" que necesita instrucción en la santidad, o, si el individuo perdiera gradualmente su reciente interés, se suele echar la culpa a la falta de "obra personal" o de oración, o alguna otra deficiencia por parte de la Iglesia. La posibilidad de que estos síntomas de mundanalidad y apostasía sean debidos a la ausencia de una experiencia salvadora al principio, es rara vez tenida en cuenta; si se estudiara este punto, el sistema entero de los llamamientos, las decisiones y la obra personal se derrumbaría, porque pondría de relieve el hecho de que el cambio de naturaleza no está en manos del hombre, y que se necesitan mucho más que unas cuantas horas o días para determinar si una profesión de fe en respuesta al Evangelio es genuina. Pero, en lugar de enfrentarse con ello, se afirma que dudar de que un hombre que "ha aceptado a Cristo" sea cristiano equivale a dudar de la Palabra de Dios, y que abandonar los "llamamientos" y su secuela es renunciar totalmente al evangelismo. El hecho de que puedan decirse tales cosas es una trágica prueba de cómo el modelo arminiano de conversión ha llegado a ser considerado como el bíblico. Tanto es así, que si alguno objetase al empleo de expresiones tan poco bíblicas como "aceptar a Cristo", "abrir el corazón a Cristo", "dejar que el Espíritu Santo te salve", sería considerado generalmente como poco menos que teorizar acerca de las palabras.

Spurgeon vio que el arminianismo era un alojamiento de la pureza del evangelismo neotestamentario, y, al afirmar que la superficialidad religiosa era una de sus consecuencias inevitables, reconoció lo que ha llegado a ser característico del evangelicismo moderno. No era tanto el advenimiento de los acompañamientos musicales y las salas de obra personal lo que le alarmaba (aunque estas cosas le inquietaban y no tenía tiempo que concederles), como la desaparición del énfasis en la necesidad de la obra del Espíritu, y, la transformación de la conversión en un negocio acelerado: "¿Sabéis", preguntaba en un sermón titulado "Sembrando

Entre Espinos” predicado poco antes de su muerte, "¿por qué tantos que profesan ser cristianos se parecen al terreno espinoso? Porque se han omitido ciertos procesos que habrían ido lejos alterando el estado de las cosas. La obligación del labrador era arrancar las espinas, o quemarlas allí mismo. Años atrás, cuando había conversiones, solían ir acompañadas de lo que se llama convicción de pecado. Ese gran arado del subsuelo que es la angustia del alma era usado para penetrar hasta lo profundo de ella. Asimismo el fuego ardía en la mente con mucho calor: al ver los hombres el pecado, y sentir sus tremendos resultados, el amor al mismo quedaba abrasado. Pero ahora nos aturden los alardes de las salvaciones rápidas. En cuanto a mí, creo en las conversiones instantáneas, y me alegro de verlas; pero aún me alegro más cuando veo una profunda obra de la gracia, un hondo sentido del pecado, y una herida eficaz causada por la ley. Nunca nos libraremos de los espinos si usamos arados que solamente rascan la superficie...".

Con el nivel inferior de las conversiones, vino también un inferior concepto de la verdadera naturaleza de la auténtica experiencia cristiana, y Spurgeon observaba con desaliento que no se aplicaban las pruebas escrutadoras de la Biblia a los que profesaban conversión. "He oído a jóvenes decir: "Sé que soy salvo porque soy muy feliz.," No estéis tan seguros de esto. Muchos se consideran felices, y sin embargo no son salvos". Asimismo, no creía que una experiencia de paz fuese señal segura de conversión verdadera. Comentando el texto "Jehová mata, y Él da vida; Él hiere, y sus manos curan", pregunta: "Pero, ¿cómo puede dar vida a los que nunca fueron muertos? Tú, que nunca has sido herido; tú, que esta noche has estado aquí sentado y sonriendo a tus anchas, ¿qué es lo que la misericordia divina puede hacer por ti? No os felicitéis por disfrutar de vuestra paz". Hay una paz del diablo como hay la paz de Dios. En todo su ministerio, Spurgeon advirtió a los hombres de este peligro, pero en algunos de sus últimos sermones esta nota de alarma es cada vez más apremiante. En uno de éstos, de título ¿Sanado o Engañado?, predicado en 1882, Spurgeon habla de los muchos que son engañados por una falsa sanidad. Esto puede ocurrir, según demuestra, aun en aquellos que han pasado por un periodo de ansiedad espiritual: "Convencidos de que desean la curación, y en cierta medida con hechos afanosos de hallarla, el peligro de los así despertados es el de contentarse con una sanidad aparente, quedándose sin la verdadera obra de la gracia. Es peligrosamente probable que nos contentemos con una curación superficial, y así quedarnos sin la grande y completa salvación que viene sólo de Dios. Deseo hablar muy en serio sobre este tema a todos los presentes, pues he sentido su poder en mi propia alma. Para dar este mensaje he hecho un esfuerzo desesperado, abandonando mi lecho de enfermo sin el debido permiso médico, movido por el inquieto anhelo de preveniros contra las falsificaciones que circulan en nuestros día?

Dondequiera que el arminianismo se convierte en la teología predominante, la verdadera religión está destinada a degenerar, y la falsa seguridad a ser fomentada. Separando la necesidad que el creyente tiene de creer en su necesidad de regeneración, el arminianismo coloca en segundo término el hecho de que "el cambio de corazón es el mismísimo centro y esencia de la salvación". Es inevitable que no dé prominencia a la segunda de estas verdades, porque nadie puede hacer que su naturaleza humana quede para siempre divorciada del amor y dominio del pecado, y la regeneración significa esto precisamente. En su lugar, el arminianismo pinta la regeneración como algo que está al alcance de la elección del hombre, o algo que seguirá a su decisión, y al hacerlo, su tendencia es a hacer que los hombres se imaginen que el nuevo nacimiento es menos de lo que de hecho es.

"Tu regeneración", diría Spurgeon, "no fue de voluntad de hombre, ni de voluntad de sangre, ni de nacimiento; si así fuera, permíteme que te diga que cuanto antes te deshagas de ella, mejor. La única regeneración auténtica es la que viene de la voluntad de Dios y por la operación del Espíritu Santo". El arminianismo no hace a los hombres esta advertencia, y su silencio es peligroso porque no aclara la verdad que preserva a los hombres de la falsa seguridad, a saber, que Dios nunca perdona el pecado sin que al mismo tiempo cambie la naturaleza del pecador. "Os hablo adrede", declara Spurgeon, "cuando digo que la doctrina de "cree y vive" sería muy peligrosa si no fuera acompañada por la doctrina de la regeneración". Enfatizando que "la fe salva" sin insistir también en que dondequiera que existe fe verdadera hay una vida nueva, creada a semejanza del carácter de Dios y manifestándose en un odio a todo lo que es pecado, el arminianismo abre la puerta a un "creyentismo" que quita a la conversión su base y no da a esta palabra su pleno contenido. Si bien la santificación nunca es la base de nuestra justificación, lo cierto es que la Escritura nada sabe de la posibilidad de un hombre justificado que no haya experimentado "el lavamiento de la regeneración" (Tito 3:5). El arminianismo ha separado las dos cosas porque ha perdido la verdad de que la fe es efecto de la regeneración; pero una vez se ha captado la verdadera doctrina, significa que nadie puede ser un auténtico creyente si no posee una nueva vida "creada en justicia y santidad verdaderas". Según las Escrituras, es completamente imposible ser justificado por la fe y no ser santificado, porque es la regeneración la que implanta simultáneamente la fe y la santidad en aquellos a quienes Dios llama. Por enseñar esto, las doctrinas de la gracia son una barrera frente a la indiferencia y la superficialidad. El mismísimo sistema que ha sido acusado de atenuar la responsabilidad del hombre, ha producido, dondequiera que ha llegado a prevalecer, generaciones de personas serias, temerosas de Dios, santas, pues el calvinismo siempre ha hecho énfasis en que es por la obediencia y la santidad que cumplimos el mandato apostólico de hacer firme nuestra vocación y elección. "Si el llamamiento divino ha producido en nosotros el fruto de la obediencia, podemos creer con toda certeza que fuimos apartados para Dios antes del principio de los tiempos, y que esta elección fue de acuerdo con el propósito y la voluntad eternos de Dios". Por otra parte, el arminianismo, que afirma ser el protector de la doctrina de la responsabilidad humana, tiene en sus enseñanzas la inevitable tendencia a menoscabar el nivel bíblico de verdadera experiencia cristiana. En este aspecto es significativo que el moderno evangelicismo haya popularizado la frase "la seguridad eterna de los creyentes", mientras que el calvinismo histórico sostenía la perseverancia final de los santos: "Creemos en la perseverancia de los santos, pero muchos no son santos, y por lo tanto no perseveran".

Es cierto que el arminianismo ha producido muchas reuniones y convenciones de "santidad", pero este hecho, en vez de refutar el cargo que antes se ha hecho, más bien lo confirma, porque antes de que el arminianismo empezara a prevalecer en el evangelismo, no había necesidad de enseñanzas especiales sobre la santificación. El calvinismo sostenía que el mismo mensaje que salva a los hombres los hace santos, y que una fe que no está unida a la santidad no tiene nada de la fe que salva. Fue porque sabía esto que Spurgeon no tomó parte en convenciones de santidad, pero de haber sido llamado a dirigirse a "creyentes" carnales que necesitaban ser santificados, no hay duda de que habría tenido que decir: "Aquellas personas cuya fe les permite pensar con ligereza en el pecado pasado, tienen la fe de los demonios, y no la fe de los elegidos de Dios. Los que creen que el pecado es algo sin importancia y nunca han sentido pesar por él, que sepan que su fe no es genuina. Los hombres cuya fe les permite vivir con indiferencia en la actualidad, que dicen: "Bien, soy salvo mediante una fe sencilla", y disfrutan de los placeres carnales y las concupiscencias de la carne, son mentirosos; no tienen la

fe que salvará el alma. ¡Oh!, si alguno de vosotros tiene una fe así, ruego a Dios que se la quite por completo".

Esta superficialidad que acompaña al arminianismo tiene su origen en el propio centro de su sistema. "Si crees que todo gira en torno al libre albedrío del hombre", dice Spurgeon, "tendrás naturalmente al hombre como figura principal del paisaje". En vista de ello, inevitablemente hay la tendencia a considerar la verdad divina como medio para pescar hombres, y cualquier verdad que no nos parezca eficaz para tal fin, o cualquier verdad que parezca un obstáculo para el evangelismo más amplio posible, es por consiguiente recomendable dejarla de lado. Es preciso que el fin sea mayor que los medios. Pero lo que aquí se olvida es que el fin del Evangelio no es la conversión de los hombres sino la gloria de Dios. Lo supremo no es la necesidad de salvación del hombre, y una vez se ha comprendido esto, la actitud que piensa "es preciso que convirtamos a los hombres" y no pregunta si los medios son conformes a la Escritura, se aprecia en su verdadera luz. "En la iglesia de la época actual hay deseo de hacer algo para Dios, pero pocos son los que preguntan qué es lo que Él quiere que hagan. Se hacen muchas cosas para la evangelización del pueblo, cosas que nunca fueron ordenadas por el gran Cabeza de la Iglesia, y que Él no puede aprobar". Conocemos Su Voluntad tan sólo por medio de Su Palabra, y a menos que la Verdad reciba lugar preferente a los resultados, pronto se considerará que las conversiones son más importantes que la gloria de Dios. Spurgeon denunció el tipo de evangelismo en que se observa "una lamentable disminución de la verdad en muchos puntos con objeto de alentar a los hombres"; vio que terminaría en "el más absoluto fracaso" y que no reportaría gloria a Dios ni bendición duradera a la Iglesia. Deploraba el hecho de que se estuviese permitiendo a los hombres "meterse en la religión como quien se mete en el baño por la mañana, y luego salir de nuevo, con la misma presteza, convertidos por docenas, y desconvertidos uno por uno hasta que las docenas se han esfumado". En contraste con esto, declaró solemnemente en una ocasión: "No deseo tener éxito en el ministerio si Dios no me lo da; y ruego que vosotros, que sois obreros de Dios, no deseéis tener ningún éxito sino el que procede de Dios mismo en los caminos propios de Dios; pues aunque pudierais amontonar, como si fuera la arena del mar, convertidos obtemperados mediante métodos extravagantes y poco cristianos, desaparecerían como la arena del mar tan pronto viniese otra marea".

La mejor manera de concluir esta sección quizá sea reproduciendo las que Spurgeon consideraba como señales de una verdadera conversión:

- "Cuando la Palabra de Dios convierte a un hombre, le quita la desesperación, pero no le quita el arrepentimiento.
- La verdadera conversión da al hombre el perdón, pero no le hace presuntuoso.
- La verdadera conversión da al hombre perfecto reposo, pero no detiene su desarrollo.
- La verdadera conversión da al hombre seguridad, pero no le permite dejar de estar alerta.
- La verdadera conversión da al hombre fortaleza y santidad, pero nunca le permite jactarse.

- La verdadera conversión armoniza todos los deberes de la vida cristiana; equilibra todos los deberes, emociones, esperanzas y goces.

La verdadera conversión conduce al hombre a vivir para Dios. Todo lo hace para la gloria de Dios: comer, beber o cualquier otra cosa. La verdadera conversión hace vivir al hombre delante de Dios. Desea vivir en todo momento como aquel a quien Dios está mirando, y se alegra de que sea así, Y ahora este hombre viene a vivir con Dios. Tiene con Él bendita comunión; habla con Él como quien habla con su amigo".

LA RESTAURACIÓN DE LA VERDAD Y EL AVIVAMIENTO

En las páginas precedentes hemos tratado de bosquejar brevemente la posición de Spurgeon en cuanto a las enseñanzas arminianas que posteriormente han venido a ser consideradas como "ortodoxia evangélica". Spurgeon no dejó de sospechar que esta influencia lo arrastraría todo, pues vivió lo suficiente para ver cómo la fe que tan gloriosamente había sido proclamada en New Park Street en los años desde 1850 a 1860, se consideraba de nuevo como cosa del pasado. Cuando R. W. Dale, en un artículo del Daily Telegraph hablaba, el día de Navidad del año 1873, de que el calvinismo estaba pasando de moda rápidamente entre los bautistas, aparte de la influencia de Spurgeon, este último discutió la exactitud de tal declaración y adoptó un punto de vista mucho más optimista del no-conformismo en general. No obstante, Spurgeon tuvo tristes motivos para rectificar su veredicto en años posteriores; en 1884 declaró: "Sí todos los hombres que viven o han de llegar a vivir abandonaran el antiguo calvinismo, queda uno que lo defenderá, por esta razón: no podría defender otro. Es preciso que me aplasten hasta matarme antes de que me arrebaten mis convicciones en cuanto a la verdad de las doctrinas de la gracia en su forma antigua". La solemnidad de estas palabras proviene del hecho de que la antigua fe evangélica había sido abandonada en todo el país. Cuando, en muchas ramas del no-conformismo, el arminianismo se estaba ya transformando en el modernismo que tantos estragos había de causar en el presente siglo, las esperanzas de Spurgeon en cuanto al futuro inmediato se vieron ensombrecidas por las señales de decadencia inminente en las iglesias. Vio cómo la historia se repetía. Las confesiones y catecismos del siglo diecisiete se echaban por la borda ("en estos tiempos es muy común reírse de los puritanos y decir que su fe está en desuso"), pero declaró que lo que se estaba admirando en nombre del progreso terminaría en las mismas condiciones espirituales que siguieron a la era puritana. Después de aquel periodo en que la verdad prevaleció en el país, dijo en 1883, "vino una época de fatuidad en que nuestro no-conformismo existía, pero se extinguía gradualmente, pasando primero al arminianismo y luego al unitarianismo, hasta casi dejar de ser. Los hombres saben que ha sido así, y no obstante se

empeñan en volver a representar el mismo drama. Leen la historia, pero piden que la antigua doctrina sea de nuevo abandonada... ¡Oh, necios y tardos de corazón! ¿No les enseñará la historia? No, si la Biblia no les enseña”. “Si no oyen a Cristo y a sus apóstoles, tampoco creerán aunque otro fantasma unitario pase ante sus ojos. No hay duda de que se acercan días malos a menos que la Iglesia abrace de nuevo la verdad estrechándola contra su corazón”.

Sin embargo, en estos años de creciente oscuridad, Spurgeon recordó la lección que Dios había grabado en él en aquellos lejanos días de New Park Street. Su confianza en el no-conformismo contemporáneo se había derrumbado, pero no su confianza en Dios. Aunque la Iglesia tuviera que pasar años de esterilidad y decadencia a causa de su infidelidad; aunque los ministros fieles lleguen a ser cada vez menos, hasta el punto de que un niño pueda contarlos ", a pesar de todo esto, "mi Señor avivará su verdad enterrada, tan cierto como que es Dios". Incluso admitía la posibilidad de lo peor: "¿Qué pasará si el creciente error de esta época hubiera de silenciar la última lengua que proclame el antiguo Evangelio?" Sigue inmediatamente su respuesta: "Que la fe no flaquee. Oigo el estruendo de los pasos de legiones de soldados de la cruz. ¡Oigo la voz de las trompetas de las huestes de predicadores!". Sin duda vendrá el día en que la verdad que él había proclamado brotaría de nuevo en los labios de miles.

Al volver la mirada desde este líder cristiano del pasado siglo a los días en que vivimos, tenemos la creencia de que hemos llegado al fin de una era. Hace más de setenta años, su convicción era que la Iglesia estaba “descendiendo, descendiendo, descendiendo”, y al mirar retrospectivamente hacia aquellos años de creciente desorden y decadencia, sólo podemos sacar la conclusión de que debemos casi haber llegado al fondo. Las actividades de tiempos recientes han sido los espasmos de la muerte y no los principios de una nueva vida. Las grandes campañas que han sido saludadas como paralelos de Pentecostés, se ven en su verdadera dimensión cuando se comprende que sólo pudieron organizarse al precio de la cooperación con aquellos que niegan el mensaje apostólico. La autoridad de las Escrituras ha sido cada vez más desestimada, de modo que hemos llegado al punto en que los hombres creen que, con tal de que cualquier movimiento, tanto si es dentro del ecumenismo como si es dentro del evangelicalismo, pueda afirmar que tiene el apoyo de muchas oraciones, la colaboración de líderes eminentes y la obtención de los resultados consiguientes, está necesariamente por encima de la necesidad de ser escrutado bíblicamente.

Ante la Iglesia está la alternativa de la ruina o la renovación. De los olvidados sermones de Spurgeon, que hemos citado abundantemente, se desprende un mensaje que tiene poder para despertarnos de nuevo. Aunque ese mensaje ha de sacarse nuevamente de la Escritura, -pues ningún despertamiento futuro será jamás una mera imitación del pasado- en estas páginas hemos oído, en un lenguaje cuyo fervor jamás amortiguará el tiempo, principios que Dios siempre ha honrado en el avivamiento de Su obra. Para los miembros de la nueva generación a quienes Dios ha escogido para el ministerio de la Palabra, vienen como especial llamamiento. En un tiempo como el nuestro, la proclamación y práctica de estos principios no puede existir sin que haya mucha oposición; pero que los hombres sobre quienes recae este deber examinen los motivos que les impulsan. Que procuren que su fuerza no sea la propia, sino la de Cristo, y entonces, que ninguno rehuya enfrentarse con el deber de buscar una profunda Reforma de la Iglesia. "El que nada entre dos aguas puede arrastrarse por el mundo sin muchas censuras", nos recordaba Spurgeon, “pero pocas veces ocurrirá lo mismo con un verdadero hombre de Dios."

"Manteneos en la posición de que por gracia somos salvos. En estos días malos, resistid audazmente, y protestad contra todo evangelio que oculte la gracia soberana como fuente de la salvación por Jesucristo." "Hemos de defender la fe; pues, ¿qué habría sido de nosotros si nuestros padres no la hubieran sostenido?... Imaginad que en aquellos tiempos pasados, Lutero, Zwinglio, Calvino y sus compañeros hubiesen dicho: "El mundo está en desorden, pero si tratamos de arreglarlo no haremos sino armar un gran alboroto, y caer en desgracia. Vayamos a nuestras cámaras, pongámonos el gorro de dormir, y durmamos mientras duran los malos tiempos, y acaso cuando despertemos las cosas habrán mejorado». Semejante conducta por parte de ellos habría hecho que nosotros recibiéramos una herencia de error. Época tras época habría descendido a las profundidades infernales, y los pestilenciales pantanos del error lo hubieran tragado todo".

C. H. Spurgeon, como el soldado de Pompeya, se quedó en su puesto cuando, en torno suyo, la Iglesia estaba abandonando su deber. Lo hizo convencido de que, a pesar de las apariencias, no sería "el último puritano". También previno solemnemente a sus contemporáneos que Inglaterra jamás vería otro avivamiento si no había una restauración de la verdad. Durante más de medio siglo su convicción ha pasado desapercibida, -el hombre ha sido encomiado y su fe ha sido olvidada- pero los creyentes tienen hoy motivos para renovadas esperanzas y redobladas oraciones. Si las doctrinas de la gracia captan a la nueva generación que está dentro de la Iglesia, como esperamos están haciendo, podemos llegar a ver convertida en realidad en nuestros días, por lo menos en parte, la firme esperanza de Spurgeon: "La doctrina actualmente rechazada como teoría gastada de los puritanos y los calvinistas, conquistará aún el pensamiento humano y reinará suprema. Tan seguro como que el sol que esta noche se pone saldrá mañana a la hora predestinada, la verdad de Dios brillará sobre toda la tierra".

Demos gracias a Dios porque los anales olvidados de este siervo de Cristo están con nosotros y cierto número de ellos va a ser nuevamente publicado. No olvidemos tampoco lo que él consideraba como el mensaje de su vida. Nos lo da en un sermón sobre "El Paraceto" predicado hace noventa años, y no conocemos mejor resumen de todo lo que hemos procurado decir:

"La única manera de que la Iglesia pueda mantener su posición y contestar a sus calumniadores es por medio del verdadero poder de Dios. ¿Ha hecho algo por el mundo? ¿Puede producir resultados? Pues por sus frutos se demostrará que es un árbol de vida para las naciones. El Espíritu de Dios pronto contestaría a nuestros adversarios, si pusiéramos en Él nuestra confianza y renunciáramos a toda esta idolatría de la erudición, la inteligencia, el genio, la elocuencia y la retórica humanos, y qué se yo cuantas cosas mas. Silenciaría a algunos de ellos convirtiéndolos, como contestó a Saulo de Tarso transformándolo de perseguidor en apóstol. A otros los silenciaría confundiéndolos, haciéndoles ver cómo sus propios hijos y parientes eran llevados al conocimiento de la verdad. Si no hay poder espiritual milagroso en la Iglesia de Dios en este día, es que es una impostora. En este momento, la única vindicación de nuestra existencia es la presencia y la obra del Paraceto entre nosotros. ¿Está Él obrando todavía y dando testimonio de Cristo? Me temo que no es así en algunas iglesias, pero aquí le contemplamos. Mirad sus obras en este lugar. Hace casi veinte años comenzó nuestro ministerio en esta ciudad, con mucha oposición y criticas hostiles, siendo condenado el predicador como hombre vulgar, poco instruido, y, de hecho, como fenómeno pasajero. Jesucristo fue predicado en un lenguaje más sencillo que el que los hombres estaban acostumbrados a oír, y todos nuestros sermones

estaban impregnados del Evangelio antiguo. Muchos otros púlpitos eran intelectuales, pero nosotros éramos puritanos. La mercancía ofrecida por la mayoría de los predicadores consistía en ensayos retóricos, pero nosotros dimos al pueblo el Evangelio, presentamos al mundo las doctrinas de los reformadores, la verdad calvinista, la enseñanza agustiniana, y el dogma paulino. No nos avergonzamos de ser el «eco de un evangelismo caduco» como nos llamó cierto pedante. Predicamos a Cristo, y a éste crucificado, y en el espacio de estos veinte años, ¿nos ha faltado jamás una congregación? ¿Cuándo es que este vasto edificio no se ha llenado totalmente? ¿Nos han faltado jamás conversiones? ¿Ha pasado un domingo sin que las hubiera? ¿No ha sido la historia de esta iglesia, desde su pequeñez en Park Street hasta ahora, una marcha triunfal, con los corazones y las almas de los hombres como despojo de guerra, en la cual el estandarte ha sido Cristo crucificado? Y así es en todas partes. Que los hombres vuelvan al Evangelio y lo prediquen ardientemente, no con palabras hermosas y afectadas y discursos retóricos, sino constreñidos por un corazón encendido, y enseñados por el Espíritu de Dios; entonces se verán grandes señales y maravillas".

APÉNDICE I

LA EDICIÓN KELVEDON DE LOS SERMONES DE SPURGEON

En las siguientes páginas encontrará el lector una comparación entre parte de un sermón de Spurgeon tal como aparece en el New Park Street Pulpit, por un lado, y tal como está reproducido en la actual Edición Kelvedon de sus sermones por el otro. Esto precisa una introducción aclaratoria.

La publicación de los sermones semanales de Spurgeon empezó en enero de 1855 y prosiguió hasta mayo de 1917, veinticinco años después de la muerte del predicador. En total se publicaron 3.563 sermones. Los volúmenes encuadrados anualmente ascienden a 62. Los seis primeros fueron publicados con el título de The New Park Street Pulpit, y el resto con el de The Metropolitan Tabernacle Pulpit. Esta serie no abarca la lista de todos los sermones por él publicados, pues hay gran número de ellos repartidos en otros libros y en periódicos.

La Kelvedon Edition, que fue iniciada en 1958, es una serie de 20 volúmenes (publicados por Marshall, Morgan and Scott) sobre temas especificados, con unos 20 sermones en cada volumen. Han sido "seleccionados y adaptados" por el Dr. C. T. Cook, redactor-asesor de The Christian. No hay ninguna explicación introductoria a la serie, y es difícil ver el principio en que se ha basado la selección de los sermones. Tampoco se indica en qué consiste la adaptación que se consideró necesario hacer. Sólo al comparar esta edición con el original se descubre que la "adaptación" consiste casi por entero en cercenamientos que en algunos lugares son considerables, como demuestran las páginas siguientes.

El sermón que hemos tomado para efectuar la comparación es el que fue predicado en la Sala de Conciertos de Surrey Gardens el 18 de octubre de 1857, titulado "La Bienaventuranza del Verdadero Cristiano". Es el número 159 del volumen de New Park Street Pulpit correspondiente a 1857, y aparece en el volumen 13 (Sermones de Consuelo y Certeza), p. 222, de la Edición Kelvedon.

Este solo ejemplo sirve de guía para entender cómo el Dr. Cook "adapta" a Spurgeon, y es evidente en éste, como en otros ejemplos que podrían citarse, que se consideró que Spurgeon necesitaba ciertas revisiones teológicas para hacerlo más presentable a los evangélicos contemporáneos. Dicho de otro modo, aquello precisamente que Spurgeon se negó a hacer, ha sido hecho ahora con sus obras.

APÉNDICE II

¿PUEDEN FUSIONARSE LOS SISTEMAS ARMINIANO Y CALVINISTA?

"¿Aceleraría el progreso del Evangelio en este mundo pecaminoso el unir a los arminianos y los calvinistas en una sola denominación? Decimos que no, y mencionaremos una razón. No es la única, pero es contundente. Sería imposible educar y autorizar un ministerio para tan compleja denominación. El poder de un organismo religioso, hasta donde alcanza la acción humana, depende de sus maestros religiosos. Por ello, la parte más importante de la obra de una iglesia consiste en preparar a sus ministros. Todo el resto de la obra de una denominación, estableciendo iglesias en el propio país y en el extranjero, y cuidándolas, será un fracaso absoluto si su ministerio no está educado, y es débil. Por consiguiente, todas y cada una de las denominaciones eclesiásticas se ocupan especialmente, por medio de instituciones, facultades de instrucción, y grandes asignaciones, en atender a la educación ministerial. Pero, suponiendo una unión de calvinistas y arminianos, ¿cuál será el sistema enseñado en sus escuelas teológicas? ¿Quién ha de ser nombrado para dar las lecciones de teología en las clases?, Si se escogiera el arminianismo, sería imposible para los calvinistas escrupulosos y fervientes aceptar este sistema. Si se escogiera el calvinismo, sería igualmente imposible para los arminianos escrupulosos y fervientes el quedar satisfechos. En la nueva denominación habría inmediatamente conflicto precisamente en lo relativo a este tema: la preparación de los ministros, cosa más apta que cualquier otra para agitar una organización religiosa hasta lo más profundo de sus entrañas. Empero, alguna persona de ingenio pudiera sugerir que existe la posibilidad de elaborar un credo transigente, una combinación de los dos sistemas. Esto es completamente imposible. El arminianismo y el calvinismo, aunque tienen un sustrato evangélico en común, ya que ambos "sostienen la doctrina fundamental, a saber, que Cristo es Dios, y que su sangre es la única expiación por el pecado difieren sin embargo de manera tan clara y decidida en ciertos detalles relacionados con estas verdades esenciales, que la única unión entre ellos ha de ser por transustanciación. El uno debe convertir al otro, o el otro debe convertir al uno. La mezcla de ambos es mala. Somos calvinistas, pero no vacilamos en afirmar que el arminianismo, puro y sencillo, franco y viril, es, con mucho preferible al calvinismo modificado por elementos arminianos... Los hombres honrados y de mentalidad abierta se respetan unos a otros, aunque difieran, y dentro de sus diferencias. Pero en todas las tentativas efectuadas para mezclar lo que no se puede mezclar, ha de haber más o menos manipulaciones, artificios e intrigas. La falta de sinceridad y la hipocresía, consciente o inconsciente, entran en escena. Un bando se esfuerza en

demostrar más talento que el otro, y el resultado es una vida matrimonial llena de contiendas, que termina en divorcio."

W. G. T. Shedd, *Orthodoxy and Heterodoxy* (1893), p. 248-250.

"La lucha final ha de ser entre el ateísmo, en sus innumerables formas, y el calvinismo. Los demás sistemas serán aplastados como el hielo medio derretido entre dos grandes icebergs. Hay dos cosas de las cuales puedes estar completamente seguro: 1. Que no te librarás de tus dificultades arrinconando el cristianismo, porque se te presentarán también como filosofía; 2. Que no te librarás de las dificultades del calvinismo haciéndote arminiano; por consiguiente, no te entretengas con las medias tintas, sino está en un bando o en otro, francamente, abiertamente."

"Es indiscutible que no hay transigencia posible entre el arminianismo y el calvinismo. Los que intentan estar en una posición intermedia han de contentarse con pisar terreno movedizo mientras reciben los disparos de ambos lados."

A. A. Hodge, *Princetoniana* (C. A. Salmond) (1893), p. 120 y *The Atonement* (1868), p. 382.

"Los teólogos suelen hablar de la multiformidad de la Iglesia. En conjunto la consideran como cosa buena. Sin embargo, pocos son los que se han detenido a definir el término, y esto ha llevado a la confusión. Triste es decirlo, el término multiformidad ha sido aun usado para encubrir multitud de pecados... Se ha hecho que incluya herejías. Podemos citar un ejemplo. Hay, sin duda, herejías mayores que el arminianismo. El pelagianismo es mucho peor. Pero el arminianismo es error también. Que nadie diga que la diferencia entre la fe reformada y el arminianismo es meramente de énfasis, una en la soberanía de Dios, el otro en la responsabilidad del hombre, y que por lo tanto es deseable que haya tanto iglesias reformadas como arminianas. Es evidente que la responsabilidad humana es corolario de la soberanía divina. Debido a que Dios es soberano, el hombre es responsable ante Él. Por consiguiente, precisamente a causa de su profundo énfasis en la soberanía divina, la fe reformada subraya también enérgicamente la responsabilidad humana. Pero el arminianismo hace violencia a ambas cosas. No solamente mengua el carácter absoluto de la soberanía de Dios, sino que además adapta las exigencias de la ley de Dios al debilitado poder del hombre. Ahora bien, todo error doctrinal, y por tanto también el arminianismo, es pecado. Y hacer que el pecado parezca respetable encubriéndolo bajo la capa de la multiformidad es en sí pecado."

R. B. Kuyper, *The Glorious Body of Christ*, P. 43-44.
